



DOSSIER

Joan Oleza

Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata

IV Congreso Internacional

Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas

Otros diálogos transatlánticos: desde y hacia España.

A 90 años de la Generación del 27



EDITORA RAQUEL MACCIUCI

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Cátedra de Literatura Española II - Departamento de Letras

IdIHCS

Instituto
de Investigaciones
en Humanidades
y Ciencias Sociales



Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

DOSSIER

**Joan Oleza, Doctor *Honoris Causa*
por la Universidad Nacional de La Plata**

**Raquel Macciuci, Mariela Sánchez y Federico Gerhardt
Editores**

CONTENIDOS

1. **Presentación, por Federico Gerhardt y Mariela Sánchez**
2. **Resolución del Honorable Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata**
3. ***Laudatio*. El marco propiciatorio y otras condiciones de felicidad, por Raquel Macciuci**
4. **Joan Oleza. Clase Magistral: *La generación de la Transición y las confrontaciones de la memoria histórica en España***
5. **Galería de imágenes: Acto de investidura**

1

PRESENTACIÓN

Federico Gerhardt y Mariela Sánchez

Si la práctica de la edición supone siempre un desafío, textos como el Joan Oleza que presentamos plantean un reto aun mayor, el que supone inscribir el evento singular que tuvo lugar el miércoles 22 de noviembre de 2017 en Ensenada, en el edificio de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, la clase magistral a la que tuvimos el gusto de asistir, en el marco de la investidura del catedrático de la Universitat de València como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata.

En este sentido, la edición que presentamos puede pensarse como una ocurrencia más, contemporánea, del movimiento de un texto entre el evento y el monumento, en palabras de Roger Chartier, entre el escenario y la imprenta, o, en nuestro caso, entre la cátedra y la pantalla. En la dedicatoria de su comedia *La campana de palo*, Lope de Vega señalaba, a propósito de su teatro impreso, la “diferencia [que] se advierte de la verdad a la pintura y del original al retrato”. Como compensación, podemos agregar desde el presente, es gracias a esas inscripciones que, no sin excepciones, las obras del Fénix perduraron hasta su más contemporánea y monumental edición, la Biblioteca Digital Artelope, dirigida precisamente por Joan Oleza.

Aunque de diferente índole y menores dimensiones, esta edición de la clase magistral del catedrático español también se constituye en ese pasaje entre la *performance* singular y el registro escrito, en el que se reitera a su vez el “entre”, término que resulta apropiado en más de un sentido, no sólo en relación con el ya referido movimiento del texto, sino también en virtud de las circunstancias que le dieron lugar, esto es, una reunión científica que se propone como un espacio de diálogo entre las dos orillas del Atlántico, y entre los dos hemisferios.

El carácter colectivo del evento, desde su concepción y su organización hasta su convocatoria y su celebración, se traslada asimismo a este pequeño libro, más allá de la consabida naturaleza colectiva de la edición en tanto práctica –como destacaba, entre otros, el recientemente fallecido Howard Becker–, aun cuando se realiza en un soporte digital. Es así que este pequeño libro presenta la clase magistral de Joan Oleza, “La generación de la Transición y las confrontaciones de la memoria histórica en España”,

en torno a la cual dispone un conjunto de paratextos, esas piezas a las que Gérard Genette llamó “umbrales” por su ubicación entre el texto y su afuera.

A estas breves líneas de presentación siguen otras de Mariela Sánchez y las palabras pronunciadas por Raquel Macchiuci en la ceremonia de investidura, y, tras el discurso del flamante Doctor *Honoris Causa*, una galería de imágenes tomadas por Néstor Bórquez, a las que se suman otras aportadas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, que, fotográficamente, registran el acto de reconocimiento y retratan a los presentes. Completa el conjunto la Resolución del Honorable Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, que documenta la aprobación unánime, por nuestra casa de altos estudios, de la propuesta distinción honorífica de Joan Oleza, apoyada asimismo por nuestra Facultad, en cuyo sitio web, además, se publica este volumen digital.

De este modo, la edición de este libro inscribe las felices condiciones en que se produjo el evento, el encuentro académico que le dio lugar y el marco institucional que lo propició.

Federico Gerhardt

El miércoles 22 de noviembre de 2017, Joan Oleza, catedrático de la Universitat de València, fue galardonado con el título de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata en el marco del *IV Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Otros diálogos transatlánticos: desde y hacia España. A 90 años de la Generación del 27*.

La jornada en la cual se llevó a cabo la investidura tuvo lugar en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, emplazamiento que es en sí un importante sitio de memoria, y en ese sentido potencia el hecho de que este acto y las palabras que en aquella ocasión se pronunciaron se llevaran a cabo en un espacio que otorga valor a políticas de memoria en las que se aspira a que coexistan el saber y la coherencia ética, como ocurre en el caso del distinguido catedrático.

El acto que dio paso a la entrega del título estuvo inaugurado por el recibimiento que le brindaron al doctor Joan Oleza el presidente de la Universidad Nacional de La Plata, profesor Raúl Perdomo, el decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, doctor Aníbal Viguera, la directora del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales, doctora Gloria Chicote, y la directora del Congreso, doctora Raquel Macciuci.

La Clase magistral pronunciada por el doctor Oleza, “La generación de la Transición y las confrontaciones de la memoria histórica en España”, constituye un documento que da cuenta de una panorámica clara y amplia que sistematiza sucesivas etapas en la elaboración literaria de la Guerra Civil española y de la extensa dictadura a la que dio lugar. Lejos de ser una mera síntesis de trayectorias de autoría o un listado de títulos, Oleza apuesta por una formulación que considera cuestiones etarias, tipos de novela, líneas de escritura y, a su vez, una lectura a contracorriente de presuntos mandatos de modas editoriales, al punto de que, por ejemplo, señala alguna centralidad que, por lo general, desde otros espacios, se suele atribuir a nombres eminentemente imbricados con ciertas normas de mercado, provocación formal y líneas de circulación pasibles de dejar fuera aspectos menos vistosos, más sutiles y acaso más profundos. La

lectura de Oleza llama a repensar el canon, establecer vínculos, poner en evidencia nombres en su momento soslayados y, fundamentalmente, advertir problemáticas que, si bien son específicas de España y del acercamiento de la memoria cultural a su pasado traumático, reúne preocupaciones e intereses que trascienden un país, un acontecimiento histórico, unas consecuencias puntuales, e incitan a mirar escenarios actuales, sus riesgos de opacar la memoria y ciertas tentaciones de no abordarla como una práctica presente. Atento a cruces de España con América Latina, Oleza lleva a cabo relaciones que identifican, reconocen y otorgan su debido peso a cómo han orbitado los avances en materia de otras dictaduras y opresiones en apariencia foráneas respecto de su objeto de estudio, que conllevan sin embargo convergencias sociales, culturales y, ante todo, humanas, cuyo devenir el caso español contribuye a iluminar.

Cuando en 2019, para encabezar un libro, disponible en línea y organizado en cinco volúmenes que daban cuenta del nutrido intercambio del IV Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, se publicó por primera vez la Clase magistral,¹ se destacaba en el estudio introductorio la importancia que imprimía este recorrido de Joan Oleza, que había abierto la reunión científica y también lo hacía en aquel momento al frente de una publicación de casi novecientas páginas, al repensar el trazado de un mapa de las novelas de la memoria.

Sus palabras son, a la vez que un contundente caudal de conocimientos sobre la generación de la Transición español y sobre la novela de la memoria, una puesta en perspectiva del imperativo de prestar atención, tener conocimiento y dar lugar, en nuestras latitudes en general y en nuestra casa de estudios en particular, a la reflexión sobre las implicancias y superposiciones de memoria, cultura, política, sociedad y necesidad de cruces que traspasan fronteras, continentes y hemisferios, sin por ello sacrificar especificidad.

La vigencia y la renovada invitación a reflexionar sobre lo enunciado en aquella ocasión justifican que en este dossier vuelvan a ser incluidas, ahora en el contexto de una actualización del acontecimiento académico por medio del cual se reconoció una

¹ Mariela Sánchez (Ed.) (2019). *Lecturas transatlánticas desde el siglo XXI: Nuevas perspectivas de diálogos en la literatura y la cultura españolas contemporáneas*. Al cuidado de Raquel Macciuci. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/154>

destacada trayectoria de saberes compartidos por el catedrático con docentes e investigadores de la Universidad Nacional de La Plata, de oportunidades de formación y concreción de proyectos que siguen inspirando e impulsando a sucesivas generaciones.

Mariela Sánchez

2

**RESOLUCIÓN DEL HONORABLE CONSEJO SUPERIOR
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA**



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Facultad (Interconsultas) c/ original.

NOTA N° **241**

Expediente Código 500 N° 7.685 Año 2.016

La Plata, 3 de mayo de 2.017

Señor
Dr. Joan OLEZA SIMÓ
Presente

De mi mayor consideración,

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. a los efectos de hacerle llegar la Resolución N° 1/17 del Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, por la cual se le otorga el Título de Doctor "Honoris Causa" de esta Casa de Altos Estudios.

Felicitándolo por tan honrosa distinción, saludo a usted muy atentamente.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN			
10 MAY 2017			
ENTRADA	CG	NÚMERO	COB

Patricia Inés VELAZCO ALDAO
Jefa de Depto. de Junta Ejecutiva
Universidad Nacional de La Plata

Abog. Ernesto Daniel ICHAZO
Director del Consejo Superior
Universidad Nacional de La Plata



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Expediente Código 500 Número 7.685 Año 2.016

///Plata, 08 MAYO 2017

VISTO, la propuesta del Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de otorgar el título de **Doctor "Honoris Causa"** de la Universidad Nacional de La Plata al **Señor Dr. Joan OLEZA SIMÓ** en los términos del art. 56° inc. 17) del Estatuto de la Universidad y los Arts. 11° y 12° de la Ordenanza N° 181 y,

CONSIDERANDO:

Que, su carrera académica comienza en los años finales del régimen franquista, por lo que esta primera etapa, entre 1969 y 1972, en que se desempeñó como Profesor Ayudante, Becario de Investigación, y Profesor contratado, estuvo atravesada por la militancia política y el activismo en contra de la dictadura, circunstancias que derivaron en un alejamiento temporal de España;

Que, fue Catedrático de Literatura Española en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Valencia entre 1.979 y 2016 y Profesor Emérito de la misma Facultad;

Que, en los cruciales años de la posdictadura participó intensamente en la normalización democrática de la Universidad de Valencia con un intenso trabajo de gestión que se traduce en diversos cargos y actividades: Director de departamento entre 1978 y 1980, y entre 1985 y 1990, Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras durante el año de 1977, integrante del equipo que fundó la Facultad de Filología, de la que fue Vicedecano entre los años 1978 a 1981, Director del Departamento de Literatura Española en 1978 y Decano entre 1982 y 1985;

Que, los antecedentes científicos se traducen en una ingente producción en diversos campos de la literatura española que combinan un alto grado de especialización con los cruces interdisciplinarios que insertan a la literatura en los grandes procesos históricos y culturales como eje vertebrador;

Que, sus trabajos sobre diversos temas medulares de la literatura española, las reflexiones sobre teoría literaria y sus tesis en torno al realismo, las vanguardias, la posmodernidad, o las transformaciones de la era digital, lo han convertido en una referencia obligada para los especialistas;

Que, su producción científica se destaca por las indagaciones y los análisis sobre el teatro clásico español y las prácticas escénicas, las narrativas del siglo XIX y XX, el exilio español de 1939, la narrativa de la transición política y el giro cultural en la era de la comunicación del último entre siglo, incluyendo los libros *L'architettura dei generi nella Comedia Nuova di Lope de Vega*, *From Ancient Classical to Modern Classical: Lope de Vega and the New Challenges of European Theatre*, *Trazas y bazas de la Modernidad*, *Ensayos desde el cambio cultural* y *Joan Oleza Obras Completas de Max Aub* (que forman parte de su obra crítica más reciente), así como numerosos artículos publicados en revistas del más alto nivel



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Expediente Código 500 Número 7.685 Año 2.016

internacional y recopilados en los manuales e historias más prestigiosos de la literatura española,

Que, su intensa labor de investigación tiene una fundamental vertiente en su devolución a la comunidad académica a través de la formación de recursos humanos y del ininterumpido intercambio con numerosos centros académicos, destacándose su eficaz intervención para fortalecer los lazos con distintas Universidades de Europa, Estados Unidos y América Latina (Bolonía, Londres, Rennes, París, Chicago, CSIC, La Plata o Mar del Plata);

Que, fue nombrado "Huésped de Honor" en el 1er Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, en el año 2008;

Que, su integridad en los aspectos ético-morales ha sido motivo permanente de reconocimiento y valoración en todos los claustros y entidades Profesionales;

Que, la distinción propuesta cuenta con dictámenes favorables de las Comisiones de Enseñanza y Postgrado y de Interpretación y Reglamento, ajustándose a todo lo prescripto por el Art. 38º del Estatuto de la Universidad y el art.11º de la Ordenanza N° 181/86 reglamentaria del anterior;

Que, el Estatuto de la Universidad Nacional de La Plata en su artículo 56º inciso 17) establece la facultad del Consejo Superior de otorgar el título de Doctor "Honoris Causa" para distinguir a personas que sobresalieren por su acción ejemplar, trabajos o estudios;

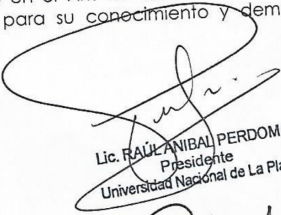
Por ello,

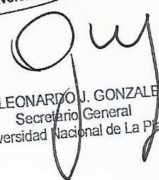
**EL CONSEJO SUPERIOR
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
RESUELVE:**

ARTICULO 1º: Otorgar el título de Doctor "HONORIS CAUSA" de la Universidad Nacional de La Plata al Señor Dr. Joan OLEZA SIMÓ (D.N.I.: 19.419.465J) en los términos del Art. 56 Inc. 17) del Estatuto de la Universidad y los Art. 11º y 12º de la Ordenanza 181/86;

ARTICULO 2º: Comuníquese al Señor Profesor distinguido y por nota a la Dirección de Títulos y Certificaciones en virtud de lo establecido en el Art. 12º de la Ordenanza 181/86. Cumplido, pase a la Facultad de origen para su conocimiento y demás efectos.

RESOLUCIÓN C. S. N°: **1**


Lic. RAÚL ANIBAL PERDOMO
Presidente
Universidad Nacional de La Plata


Dr. LEONARDO J. GONZALEZ
Secretario General
Universidad Nacional de La Plata

3

**LAUDATIO. EL MARCO PROPICIATORIO Y
OTRAS CONDICIONES DE FELICIDAD²**

Raquel Macciuci

² Se reproducen las palabras pronunciadas en la ceremonia de investidura coincidente con el acto de apertura del *IV Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Otros diálogos Transatlánticos. A 90 años de la Generación del 27*.

Un diálogo transatlántico y transhemisférico

A quienes organizamos este *IV Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Otros diálogos Transatlánticos*, el primero con estatuto de Reunión científica consolidada, la convergencia del acto inaugural con la investidura del profesor catedrático emérito de la Universidad de Valencia, Joan Oleza, como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata no solo realza el acto académico, sino que rubrica el feliz resultado de un intercambio iniciado en los últimos años del pasado siglo. El trayecto describe un trazado en ambas direcciones con múltiples estaciones, entre las que destaca este ciclo de encuentros científicos en cuya primera realización en 2008 Joan Oleza fue invitado especial y Huésped de honor de nuestra casa.

Con diferentes temas convocantes y dispar formato organizativo, los cuatro congresos, incluido el presente, han mantenido una materia aglutinadora, esto es, el área disciplinar de la literatura española contemporánea.

La mención aunque pueda pecar de obviedad, busca poner el acento en una seña de identidad en cierto modo anómala y contracorriente, al menos en estas latitudes, ya que la notoria emergencia de un campo semántico para los estudios de las letras hispano-latino-americanas que rechaza las fronteras convencionales, es decir nacionales, en pos de una perspectiva mundial parecen teñir de anacronismo y conservadurismo los campos de estudio que invocan disciplinas tradicionales y demarcaciones basadas en las lindes preexistentes, como literatura española contemporánea. Hoy la agenda crítica parece preferir los conceptos de internacionalización, transnacionalización, errancia, nuevas cartografías, literatura mundial... Las literaturas nacionales tradicionales coexisten con nuevos recortes de los objetos de estudio que sobrepasan las fronteras de los estados e incluso de los continentes; todo invita a preguntarse si es ‘actual’ y ‘estratégico’ organizar una reunión científica con la literatura española como sintagma organizador. La presencia de quienes no dudaron en desplazarse desde puntos muy

lejanos de Argentina, de América Latina y de Europa es una respuesta más que elocuente.

Sin embargo, la fidelidad al campo de conocimiento clásico no desconoce la irrevocabilidad de las transformaciones epistemológicas de las ciencias humanas y de la literatura en particular; sino que las incorpora desde el campo de saber específico a partir del acervo acumulado durante el largo tiempo que insume la construcción de un conocimiento científico.

No obstante, el epígrafe *Otros diálogos transatlánticos* introduce una perspectiva que da cuenta de los aludidos cambios en los presupuestos de las ciencias humanas y en el mapa de las literaturas del mundo, poniendo de relieve las coordenadas, los intereses y la actitud con que las literaturas de España se estudian *desde el lado de acá*, lejos de las voces hegemónicas del hispanismo y de un intercambio transatlántico de norte a norte.

Desde nuestras coordenadas y perspectiva, el diálogo transatlántico no puede ser sino transhemisférico, como actitud moral y principio epistémico, porque el estudio, la investigación y la transmisión de saberes en la actualidad no se conciben sin itinerancias, intercambios, préstamos y devoluciones. De este modo, quizás paradójico, nos reconocemos especialistas en literatura española con una visión, más que nunca, transnacional.



Joan Oleza y Raúl Perdomo, presidente de la UNLP

Caminos y regresos de un Doctor *Honoris Causa*

La mención del intercambio y de la itinerancia nos devuelven al motivo central de esta alocución porque en la lenta y prolongada reconstrucción de una cátedra en una facultad y una universidad que debieron recuperarse de los efectos del cruento período dictatorial de 1976-1982, el profesor Joan Oleza ha sido modelo de colaboración y actor necesario en los puntos de encuentro esenciales. Pese a que en pocos minutos escucharemos una apretada síntesis de las virtudes éticas y cívicas, así como de la sólida carrera académica que dan fundamento al máximo título que hoy recibe, no quisiera dejar de referirme a sus méritos desde las experiencias compartidas desde una cátedra y un equipo de investigación de esta Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Desde finales del siglo pasado la presencia de Joan Oleza dejó huellas reconocibles especialmente en el campo de la teoría literaria y de la literatura española clásica y contemporánea.

Su trayectoria se había iniciado un poco más atrás, cuando en España declinaba la dictadura franquista y comenzaba la transición democrática, por lo que la primera etapa en la Universidad de Valencia estuvo atravesada por la militancia política y el activismo en contra del régimen, circunstancias que lo obligaron a alejarse a Dinamarca entre 1972 y 1974, a donde llegó contratado por la Universidad de Odense.

Pocos años después de regresar a su país, en 1979, después de un estadio, si se quiere, preparatorio, concursó la cátedra de Literatura Española. A partir de entonces concilió la investigación de excelencia con la participación en la decisiva normalización de la vida académica en el marco regulatorio de la Comunidad Europea, contribuyendo a orientar el campo de las Humanidades hacia un desarrollo científico metódico y sistemático.

Al mismo tiempo, en los decisivos años de la Transición política, participó intensamente en la normalización democrática de su universidad, actividad visible a través de los cargos que desempeñó: Director de Departamento, Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras y Vicedecano de la recién fundada Facultad de Filología,

en la que tuvo una participación protagónica, al igual que en la creación del Departamento de Literatura Española en 1982. Después de dirigir durante cuatro años este organismo, en 1985 fue elegido Decano de su facultad. El compromiso con la institución universitaria y con la carrera de Filología en particular queda manifiesto en los cambios verificados desde el estólido nivel académico en que la dejó una dictadura de cuarenta años hasta los estándares internacionales más exigentes de la actualidad.

La intensa actividad que desplegó en esta etapa de reconstrucción se volcó igualmente en los claustros constituyentes de la Universidad de Valencia y en la elaboración de sus estatutos, lo cual no le impidió desarrollar una prolífica labor científica, nada fácil de compendiar. Cada uno de los temas en los que investigó exponen un primordial método bifronte: el máximo grado de reflexión teórica y el conocimiento riguroso del objeto de estudio específico, en una línea sostenida en la cual la literatura se inserta en los grandes procesos estéticos, históricos y culturales. Los trabajos de su autoría sobre temas medulares de la literatura española, las reflexiones sobre teoría literaria y sus tesis en torno al realismo, las vanguardias, la posmodernidad, o las transformaciones de la era digital, lo han convertido en una referencia obligada para los especialistas.

Destacan en esta extensa producción científica las indagaciones y los análisis sobre el teatro clásico español y las prácticas escénicas, las narrativas del siglo XIX y XX, el exilio español de 1939, la narrativa de la transición política y el giro cultural en la era de la comunicación del último entresiglos.

Sus perspectivas críticas han enriquecido sustantivamente la bibliografía y modificado la percepción de temas nodales de las letras peninsulares, en los que ninguna destaca sobre otra, o, dicho de otra forma, en los que todos sobresalen por igual. Al teatro y a los autores dramáticos de la temprana modernidad –como Lope de Vega, Ruiz de Alarcón, Guillén de Castro– no solo les ha dedicado estudios imprescindibles; también le deben la participación y colaboración en diferentes puestas en escena y adaptaciones de obras clásicas.

Por respetar el orden cronológico, continúo la lista, escueta por el imperativo del tiempo, de autores que merecieron su atención y derivaron en innovadores estudios: los grandes narradores decimonónicos y de las primeras décadas del novecientos –Clarín,

Galdós, Emilia Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Gabriel Miró, Miguel Hernández, Francisco Ayala–, la narrativa de la Transición y del actual siglo XXI –Juan Benet, Adelaida García Morales, Luis Landero, Luis Mateo Díez, Arcadio López Casanova, Antonio Muñoz Molina, Enrique Vila-Matas, Manuel Vázquez Montalbán y, deliberadamente dejado para el final, el rescate de distintos escritores del exilio republicano, entre los que destaca la magna edición, actualmente en curso de las *Obras completas* de Max Aub, autor durante años inmerecidamente invisibilizado y mal conocido.

La ingente lista de temas, autores y obras que han acrecentado la masa crítica gracias a las aportaciones de Joan Oleza no es suficiente para dar cuenta de sus aportes al pensamiento teórico y a la crítica literaria. La dimensión y la lucidez de sus indagaciones fueron decisivas tanto para la reconstrucción de un campo disciplinar degradado y envejecido bajo la medianía de la universidad franquista, como para la revisión del canon de la literatura española a partir de una mirada innovadora e independiente.

Con la misma disposición que aúna rigor científico con perspicacia y criterio independiente de hegemonías teóricas, ha sentado nuevas bases para releer y repensar los grandes lineamientos de la especulación estética y filosófica de la Modernidad, desde los hermanos Schlegel hasta los contemporáneos Barthes, Derrida, Adorno, Horkheimer, Hobsbawm, Lyotard, Vattimo, Bauman y un larguísimo etcétera que no deja fuera a Bill Gates.

Por fuera de su pensamiento crítico –y porque es obligado concluir– merece consignarse otra clase de enseñanzas igualmente imbricadas con nuestros saberes.

De Joan Oleza aprendimos tempranamente –y tempranamente no es un mero epíteto, significa con mucha anticipación– que si la revolución digital había transfigurado el mundo de la cultura letrada, la consecuencia debía reflejarse, cuanto antes mejor, en un cambio de paradigma en las rutinas y prácticas intelectuales. Así, cuando todavía los investigadores buscaban resguardar sus trabajos escritos amparados por las leyes de propiedad intelectual, con un gesto pionero, Oleza dispuso el libre acceso a su vasta producción científica, gesto que la Universidad de Valencia supo apoyar y dar realce proporcionando un sitio web que es modélico en su género.

Otro esencial baremo de las prácticas académicas, como es el intercambio científico, arroja más de veinte años de andaduras entre La Plata y Valencia que se iniciaron en el Centenario de la edición de *La barraca* de Vicente Blasco Ibáñez en 1998, o aún más atrás, en el Congreso de la AIH de 1995. Desde entonces, un apretado grupo de docentes e investigadores se desplazaron en ambas direcciones gracias a la dinámica de colaboración entre las cátedras de literatura española contemporáneas de ambas universidades. Con el tiempo, los becarios se hicieron doctores, los doctores obtuvieron plazas de profesores regulares, y formaron nuevos becarios y nuevos doctores con enclaves decisivos en Valencia y La Plata, a los que más tarde se añadió la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, con sede Río Gallegos, provincia de Santa Cruz. Gracias a Joan Oleza, todos ellos participan de las denominadas redes asistemáticas, sin nombre ni sello específicos pero validadas por sinnúmero de resultados visibles. Tres generaciones universitarias forman parte ya de un intercambio que no cesa: en dos décadas, en torno al vínculo entre las cátedras de literatura española contemporánea, atravesaron puentes o establecieron puertos entre Valencia y La Plata, además de yo misma, Javier Lluch, Natalia Corbellini, Federico Gerhardt, José Martínez Rubio, Mariela Sánchez, Luz Souto Larios, Sofía Bonino y, con escala patagónica, Mónica Musci, Juan Ennis, Néstor Bórquez. Cada nombre multiplica exponencialmente las publicaciones, las tesis, los congresos y jornadas, los jurados de tesis y concursos, las evaluaciones científicas, las tutorías y supervisiones, las viejas y nuevas revistas científicas; en suma, un historial que otorga al profesor de Valencia el rango de maestro de maestros.

El título que hoy recibe simboliza el reconocimiento de una universidad pública al trabajo académico de excelencia, riguroso y sostenido, y sería más que suficiente. Pero la Universidad Nacional de La Plata encarece especialmente la trayectoria científica cuando está en estrecha trabazón con un desempeño moral e intelectual que es igualmente sedimento de enseñanzas imprescindibles. Y en este sentido Joan Oleza está tan lejos del investigador erudito ensimismado en su materia de estudio como del experto en gerenciamiento universitario; su prominente producción científica, así como su eficaz desempeño en cargos de gestión no pueden desvincularse de un sostenido compromiso ideológico, ético y moral con los valores de una democracia que tuvo

contribuir a recuperar y defender en tiempos difíciles así como con el derecho inalienable de todo mortal a vivir en libertad y dignamente en cualquier rincón del planeta.

En los últimos años el deber de la memoria y la lucha contra el olvido, sea en los claustros, la tribuna pública o los medios de prensa, representan los espacios morales donde se ha vuelto a manifestarla coherencia y constancia de sus convicciones.

Aun cuando dispusiera de más tiempo para expresarme, ningún registro de méritos ni semblanza personal podría traducir en palabras la calidad humana de Joan Oleza, ni expresar la naturaleza de la feliz alianza de excelencia científica y noble amistad que ha alimentado los sólidos vínculos entre su universidad y esta casa de altos estudios, revalidando un promisorio diálogo sur-norte-sur, denso de memoria y cargado de futuro.

Bienvenido profesor Joan Oleza, Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata.

4

CLASE MAGISTRAL

**La generación de la Transición y las confrontaciones
de la memoria histórica en España**

Joan Oleza

Memoria histórica y convicción personal

En unas páginas insólitas de *La caída de Madrid*, de Rafael Chirbes, Doña Amelia, una dama septuagenaria, permanece en la cama a media mañana, retenida allí por sus cuidadores, y ella,

con los ojos cerrados, oía voces. Sí, voces. Su madre la estaba llamando desde lejos. Era un pasillo largo y oscuro, y al fondo sonaba la voz de su madre, que le decía ven, y también, qué haces, Amelia, qué estás haciendo ahí, sola (...) y ella se esforzaba para incorporarse en la cama, y no podía, no podía levantarse; levantaba la cabeza un poco, y ya está, ya no podía hacer más, la dejaba caer otra vez sobre la almohada, y entonces sentía rabia, mucha rabia, y, luego, ganas de llorar, madre, no puedo ir, madre, tengo que quedarme aquí... (2000, p. 75)

Es un monólogo indirecto y, a medias, directo, extraordinario, se requiere mucha osadía para introducirse dentro de la conciencia en disolución de una enferma de Alzheimer, y probablemente ninguna otra enfermedad es tan amenazadoramente emblemática de nuestra época como esta en la que la propia identidad se destruye a la par que su memoria.

Las palabras que siguen serán formuladas desde la convicción de que la amnesia de los pueblos es tan amenazadora para el presente como la de las conciencias individuales, de que, como reza un antiguo adagio que nadie sabe demasiado bien de dónde procede, “los pueblos que olvidan su historia están obligados a repetirla”, o de que el rescate para la memoria histórica de una guerra que empezó hace ahora más de ochenta años, no es un ejercicio de melancólica huida al pasado, en busca de una épica que ya no se encuentra en el presente, sino la respuesta activa a la necesidad de luchar por conjurar en el presente las tentaciones antidemocráticas del pasado, tan perentoria ahora mismo, en este noviembre español y catalán atravesado de conflictos. Como escribieron los redactores argentinos del *Informe Nunca Más*, en sus *Recomendaciones* finales, se trata de “prevenir, reparar y finalmente evitar la repetición de conculcaciones a los derechos

humanos” como las que se produjeron en la guerra del Vietnam, en el apartheid sudafricano, en Camboya, en la Rusia estalinista, en la China de la Revolución Cultural, en las brutales dictaduras de Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala o Chile, en Bosnia, en Ruanda, en Darfur, en la Palestina ocupada, en las cárceles y en los muros de los cementerios españoles de los años 40, en toda la funesta cohorte de calamidades que secundaron a la mayor de todas, la que dio al siglo XX su rostro más siniestro, la del Holocausto.

Haber sido borrado de la memoria colectiva

Cuando Max Aub, en 1969, volvió por primera vez a España después de treinta años de exilio, encontró un país en el que se había borrado la memoria de la tragedia que lo dividió en dos, que frustró los años más prometedores de una modernización acelerada, que destruyó el proyecto de vida de toda una generación y que lo lanzó a él, como a otras decenas de miles de supervivientes a un exilio inacabable, en el que ir tejiendo año a año lo que María Teresa León llamó la memoria de la melancolía. Ahora, al pasear por las calles de Valencia, de Madrid, o de Barcelona, comprobaba:

[E]sta España nueva, híbrida, que les ha salido a los tecnócratas, banqueros y obispos conciliadores y con la que, a primera vista, parecen no saber qué hacer, desbordados por el afán de diversión, de buen vivir, el destinte del turismo, de los bikinis, del francés, del inglés, del alemán, de las minifaldas, de los bares (...) y que sin embargo sigue, como siempre, en el puño del ejército. [Max Aub exclama, entonces:] No llevo una semana aquí, es verdad, pero no reconozco nada. (1971, pp. 141-142)

Es una España cuyo bienestar parece inextricablemente asociado a su ignorancia del pasado, y a lo que es peor, a su indiferencia hacia ese pasado. “Ninguno me preguntó nunca nada acerca de la guerra civil” (p. 106). “Me dejaron pasar (cuando tantas ocasiones hubo para hablar) sin enterarse –en lo, poco, que yo hubiera podido ayudarles a salir de su inopia (...) Lo pasado, pasado” (p. 107). Un sobrino suyo, que se enfrenta a sus quejas, y le ofrece a cambio su visión de cómo son las cosas en la España de 1969, lo confronta con un diagnóstico cruel: “Ya no eres parte”, le dice, “ya no eres

parte de este país” (p. 161). Y cuando en su visita a la Universidad de Valencia para reconocer y reclamar los libros que fueron expoliados de su biblioteca en el ‘39 y que acabaron en la de la Universidad, le pregunta un bedel a quién debe anunciar, Max Aub se dice a sí mismo: “No sé qué decir. No sé cómo presentarme. No sé quién soy ni quién fui.” (p. 156). Y el despecho aflorará en su despedida de un país que ya no puede sentir como suyo: “Allá ellos –escribe–, suyos el olvido y el reino de la mentira” (pp. 105-106). Y ese despecho será el que le haga declarar en una entrevista aquella célebre frase: “he venido pero no he vuelto.”

Las cuentas pendientes de España con su pasado

Desde 1969 han pasado muchas cosas, pero la España democrática sigue teniendo cuentas pendientes, no saldadas, con su pasado más traumático. De hecho, como escribía Julio Aróstegui en 2006, la guerra civil

(...) nunca dio lugar a un debate generalizado en la sociedad española semejante y paralelo al que se produjo en los países europeos que alimentaron el fascismo y fueron derrotados en 1945. [De manera] que aún hoy está pendiente en la sociedad española, en medio de sus confrontaciones ideológicas, un decisivo y gran debate sobre la guerra civil. (Aróstegui, 2006, p. 72)

Se podría decir, incluso, que se ha puentado, como dándolo por superado, sin haberlo apenas expuesto. En junio de 1987 se celebraba en Valencia el *Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas*, organizado por una Generalitat en manos del Partido Socialista que quería ser un homenaje al *II Congreso de Intelectuales en defensa de la cultura*, celebrado en julio de 1937 en Valencia, por aquellos días capital de la República, en plena guerra civil. Allí, cincuenta años más tarde de una sublevación militar que acabó por causar más de medio millón de muertos a lo largo de tres años de guerra, y una legión de víctimas en las cárceles y en las tapias de los cementerios en los quince años largos que siguieron, yo escuché al gran escritor mejicano, Octavio Paz, presidente de honor de aquel Congreso de 1987, proclamar solemnemente en su discurso inaugural que ese Congreso venía a demostrar que quienes habían vencido finalmente la guerra civil habían sido la democracia y la monarquía constitucional,

heridas de muerte en el '37 y triunfalmente resurrectas en el '87. El brillante escritor mejicano borraba así de un plumazo los años transcurridos entre la sublevación militar y el triunfo socialista en una España democrática, con todo su irredimible sufrimiento. La guerra, y los cuarenta años de dictadura que le siguieron, venían a contemplarse así como un incidente en la evolución secular de la sociedad española hacia la modernización y la democracia. Octavio Paz no hacía sino expresar, una vez más, esa convicción según la cual el futuro es la verdadera dimensión de la Modernidad, período este en el que el proyecto de futuro gobierna y debe gobernar la gestión del presente y la percepción del pasado, idea que el propio Paz repitió en más de una ocasión en sus ensayos.³

Y sin embargo, todavía en 2017, ochenta y pico años después del comienzo de la guerra civil, la sociedad española no ha podido convertir en memoria histórica asimilada los efectos de *ese* trauma, porque aunque la investigación histórica y las narrativas literarias, teatrales o fílmicas han dado cuenta de mucho de lo sucedido, las políticas de la memoria aplicadas han dejado de cumplir, entera o parcialmente, las medidas de justicia transicional exigibles en una situación democrática postraumática:

El sistema judicial y los poderes públicos locales han recogido de forma muy insuficiente las denuncias de familiares y asociaciones, con su demanda de exhumaciones y de reparación, cuando menos simbólica, de los represaliados en la guerra civil y el franquismo.

La Ley de Amnistía de 1977 puso a salvo a los responsables de los crímenes de guerra y del franquismo (Art. 2e y 2f), y no ha sido posible reabrir para ellos la vía penal en los últimos 40 años, de manera que los perpetradores no fueron llevados ante los tribunales y los pocos supervivientes continúan impunes e incluso laureados.

Nunca se constituyó una Comisión de la Verdad, y a falta de ella tampoco se promovió una política de Estado que, por medio de una investigación rigurosa evaluara y clasificara la suma final de las ejecuciones y sus circunstancias, que examinara la documentación de los juicios militares, que sistematizara los procedimientos seguidos en la represión del maquis, que analizara el comportamiento en su conjunto del sistema

³ “La modernidad invierte los términos (...). El futuro se convierte en el centro de la triada temporal: es el imán del presente y la piedra de toque del pasado (...). El hombre moderno se ve lanzado hacia el futuro con la misma violencia con que el cristiano se veía lanzado hacia el cielo o el infierno” (Paz, 1974, p. 53).

carcelario-concentracionario, pero también del judicial, de los años 40 y 50, que revisara la documentación de instituciones clave de la represión como el Tribunal de Orden Público o la Brigada Político Social. Las investigaciones realizadas hasta el momento han sido mayoritariamente iniciativa de los propios historiadores (Espinosa Maestre, 2015, pp. 202, 215-217) y es queja constante, por parte de muchos de ellos, la de que no se impidiera tras la muerte de Franco la destrucción de archivos importantes, o que hayan sido de muy difícil o imposible consulta archivos clave, como los de las fuerzas armadas o los policiales (Reig Tapia, 1984). A título meramente indicativo, ha sido la iniciativa particular de historiadores, periodistas y documentalistas, apoyada en los testimonios orales de las víctimas, la que ha sacado a la luz fenómenos tan dramáticamente relevantes como la desaparición y expropiación de menores, ejecutada de forma legal por el régimen franquista (Armengou, Belis, Vinyes, 2002). También la investigación de las cárceles de mujeres y de la represión ejercida sobre las familias republicanas, o la que ha acompañado el impactante movimiento de exhumación de las fosas comunes, ha corrido a cargo, en gran medida, de la iniciativa civil (Espinosa Maestre, 2015, pp. 209-212), no de la política estatal o del sistema judicial.

Los distintos gobiernos han rehuído, durante treinta años de sistema democrático, el compromiso de acometer un programa didáctico de explicación a toda la población de lo ocurrido durante la guerra civil y el franquismo, y de las responsabilidades tanto políticas como penales, un compromiso que hubiera podido utilizar las herramientas de una sociedad responsable con su pasado: el sistema educativo, los monumentos civiles, la disponibilidad de los archivos, el recurso a los museos, el establecimiento de conmemoraciones públicas, la toponimia de las ciudades, la señalización explicativa de los lugares históricos, y muy especialmente de los lugares del trauma: fosas comunes, paredones de fusilamiento, cárceles propias o improvisadas, campos de concentración, cementerios... Hace tan solo unos años me encontraba yo en el solar que ocupó la Cancillería del III Reich, en la Wilhelmstrasse de Berlín, y me encontraba estremecido por el aura maligna del lugar. Nada queda ya de aquel soberbio edificio diseñado por Albert Speer, ni de su búnker. Permanece su memoria, recordada por un panel explicativo, uno más de los muchos que en Berlín acompañan a los lugares de la memoria. Tuve entonces la certeza de que solo un elaborado programa de explicación

didáctica a toda la población de la tragedia provocada, incluso cuando esa tragedia tiene la desmesura del Holocausto, incluso cuando su responsabilidad se proyecta sobre toda una nación, solo entonces puede quedar culminada la investigación de la verdad, el juicio y la condena de los genocidas, la reparación de las víctimas, a que está obligada toda política de la memoria.

La recuperación de la memoria histórica de la guerra civil. Primera fase: la suma

La situación comenzó a invertirse en España a partir del cambio de milenio, con un intenso debate público iniciado a mitad de los ochenta, que alcanzó su mayor intensidad a partir del cambio de milenio, en torno a la memoria histórica del acontecimiento más traumático de nuestra historia reciente, la guerra civil, un debate que ha pasado, al menos, por dos fases sucesivas.

En la primera, el debate se centró en la condena del alzamiento militar y de la dictadura, en la exigencia de recuperar la memoria histórica silenciada, mediante la investigación de los efectos de la represión generalizada de los vencidos, la exhumación de las fosas comunes, el reconocimiento y la reparación de las víctimas, el discernimiento de las responsabilidades tanto políticas como penales, y la realización de una política de la memoria que incorporase a la conciencia de los ciudadanos los hechos traumáticos del pasado. Es la fase en que la investigación y la historia cultural se afanaron, sobre todo, en una dirección acumulativa. Lo fundamental era reunir la información, hacer la suma.

Curiosamente, y como uno más de los efectos de la era de la comunicación global, un factor desencadenante de ese debate no tuvo que ver tanto con la guerra civil española como con las dictaduras del Cono Sur. En 1998, el arresto en Londres del dictador chileno Pinochet a instancia del juez español Baltasar Garzón, seguido de las diversas denuncias y demandas de extradición internacionales, en una secuencia de acontecimientos que culminó finalmente con su puesta en libertad en el año 2000 por el gobierno laborista británico, tuvo un impacto enorme sobre la opinión pública, y sacudió los cimientos del derecho internacional.

Otro factor desencadenante, este sí directamente relacionado con la guerra civil, fue la primera exhumación de una fosa común, ese mismo año 2000, en Priaranza del Bierzo, que provocó una serie imparable de réplicas en todo el estado, y con ellas la fundación de Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica en los distintos territorios autonómicos, que articularon e impulsaron las demandas de exhumación hasta conducir las a la Audiencia Nacional y confiarlas en manos del propio Juez Garzón, en 2006. Dos años después, Garzón se declaraba competente para juzgar una causa contra los crímenes del franquismo. La repercusión en el imaginario colectivo de la apertura de las fosas comunes se ha considerado, casi unánimemente, como el reactivo de la nueva demanda social de memoria histórica,⁴ y por ello mismo, de la contestación al Pacto de Silencio y a la política de Reconciliación de la Transición. Especialmente desde la campaña electoral de 1993, pero sobre todo tras la victoria electoral del PP, por mayoría absoluta, en las elecciones generales de 2000, el espacio político se transforma en un campo de batalla en el que se dirime la recuperación por el presente de la memoria de la guerra civil, el exilio, la dictadura, frente al relato legado por el franquismo.

Una serie de deliberaciones parlamentarias se escalonan entre el 2000 y el 2004, haciéndose eco de los distintos frentes que conforman este campo de batalla: el del debate intelectual de las universidades, el de la movilización social por la exhumación de las fosas, el de las demandas airadas de una nueva generación que exige conocer y posicionarse frente al pasado, y, finalmente, pero ni mucho menos el menos decisivo, el de la reverberación tardía de la revisión histórica llevada a cabo contra las dictaduras militares iberoamericanas, la argentina y la chilena, sobre todo, y más allá, la del Holocausto, con su vasta resonancia. El nuevo Gobierno Socialista, surgido de la victoria electoral del 2004, trató de asumir y encauzar esta demanda social declarando el año 2006 (setenta aniversario de la guerra civil, y setenta y cinco de la República), año de la Memoria Histórica, estatuyendo en Salamanca el Centro Documental de la Memoria Histórica y el Archivo General de la Guerra Civil, y aprobando en el

⁴ No fue la de Priaranza del Bierzo la primera exhumación. Antes, en los años 80, se habían realizado otras, como recuerda Francisco Espinosa Maestre (2015, pp. 208-210), aunque realizadas en condiciones precarias, sin los apoyos técnicos ni legales exigibles, y que pasaron en gran medida desapercibidas para la opinión pública.

parlamento la llamada Ley de la Memoria Histórica (2007), entre otra serie de medidas que, independientemente de su alcance y de sus cuestionadas limitaciones, suponían el final del llamado pacto de silencio inaugurado por la Transición, y la voluntad de, mediante una política de la memoria consecuente con ella, instaurar una nueva memoria pública.

La génesis de un discurso crítico y la irrupción de una nueva generación

A partir de 2008, irrumpe la crisis económica provocada por el neoliberalismo, y, con ella, y en 2011, el movimiento de indignación contra los recortes sociales y la sumisión del *establishment* político a los intereses del sistema financiero global, que llena de protestas las calles de las ciudades españolas siguiendo la consigna lanzada por Stéphane Hessel a los jóvenes, *Indignez-vous!* (2010). Se inicia entonces una etapa en la que la exigencia de recuperación de la memoria histórica es incorporada a la denuncia de la degradación del régimen democrático español, de su docilidad con el sistema neoliberal, y de una casta política conformista, ajena a las necesidades de la ciudadanía y enclaustrada en el círculo de su corrupción y sus privilegios.

El primer antecedente de una acusación que vincula una y otra causa se viene localizando en un artículo titulado “Claves para un contubernio”, que se publicó en *El País* en fecha tan temprana como la del 15 de noviembre de 1980, por José Vidal-Beneyto, uno de los intelectuales que protagonizaron la Transición. En el artículo podían leerse frases tan contundentes como esta: “Todos sabemos que la democracia que nos gobierna ha sido edificada sobre la losa que sepulta nuestra memoria colectiva”. Y acusaba a la izquierda de haber firmado con los reformistas de UCD, vencedores de las elecciones de julio de 1977, un “Pacto de silencio”, que se convertiría con el tiempo en uno de los motivos más frecuentados en las acusaciones contra la Transición: un

(...) pacto de silencio histórico suscrito por las fuerzas de la izquierda (...) como precio de su entrada en el club de la Reforma, de su legalización política y de su legitimación social en la nueva democracia. Sin él, era, obviamente, imposible pasar de la calle de Alcalá al palacio de la Moncloa. (Vidal-Beneyto, 15 de noviembre de 1980)

Vidal-Beneyto, intelectual independiente, pero cercano al Partido Comunista, y que había formado parte de la cúpula de la Junta Democrática, impulsada por los comunistas, fue un decidido partidario de la llamada Ruptura Democrática, por lo que se mantuvo muy crítico con la reconversión de la oposición democrática desde la defensa de la Ruptura a la aceptación de la Reforma, impuesta por el reformismo franquista, sobre la que finalmente se fundamentó la Transición, y fue uno de los primeros en asociar la crítica de un relato autocomplaciente de la Transición con fenómenos como la amnesia colectiva, y en acoger ambas posiciones bajo la tesis de la Transición como perpetuación del franquismo bajo otras formas. En un artículo publicado un año más tarde, el mismo Vidal-Beneyto escribía: “Para evitar la ruptura democrática y sustituirla por la autorreforma del franquismo se les practicó a los españoles la ablación de la memoria histórica” (14 de diciembre de 1980).

Contribuyó no poco a la articulación del discurso crítico la reacción del sistema judicial, apoyada en buena medida por el sistema político, contra el Juez Garzón, y que tuvo como inmediata consecuencia una paralización de la causa general contra el franquismo. Primero fue su renuncia a instruir la causa a favor de los jueces territoriales, después la declaración por parte de la sala de lo penal de la Audiencia Nacional de la incompetencia de Garzón, y finalmente el enjuiciamiento de Garzón ocasionado por querrelas de muy diversa naturaleza,⁵ pero sin duda atizadas por la causa contra los crímenes del franquismo. Curiosamente, Garzón fue absuelto por el Tribunal Supremo por esta causa, pero condenado e inhabilitado como juez por el mismo Supremo por otra causa, la de haber procedido a escuchas ilegales en su instrucción del caso Gurtel,⁶ y expulsado acto seguido de la carrera judicial por el Consejo General del Poder Judicial en 2012. Es así como el propio Tribunal Supremo contribuyó a asociar en la indignada opinión popular la disconformidad por la falta de enjuiciamiento de los crímenes del pasado (los de la guerra civil y el franquismo) y la disconformidad con un sistema

⁵ En las que la acusación corría a cargo de entidades como Manos Limpias (condenada en 2017 por la Audiencia Nacional bajo los cargos de extorsión, amenazas, estafa, organización criminal, fraude de subvenciones, etc. contra sus dirigentes, que fueron encarcelados) o tan ideológicamente marcadas como Falange Española y de las JONS, entre otras.

⁶ La sentencia final del Tribunal Supremo por el caso Gurtel, fallada en mayo de 2018, ha venido a confirmar con sus conclusiones y condenas la instrucción realizada por el Juez Garzón, que seis años antes había provocado su expulsión de la carrera judicial. “La justicia es lenta como un elefante, pero al final suele cumplir su misión”, comentó el juez Garzón.

político-judicial que condenaba a Garzón y que preservaba la defensa de la red Gurtel, indisolublemente relacionada con la burbuja inmobiliaria, con la corrupción de la alta administración pública y con la propia del partido en el gobierno nacional y en algunos autonómicos. En el centro mismo de la encrucijada, el juez Baltasar Garzón era el nudo que ataba las reclamaciones de una memoria histórica irredenta y la indignación social contra el neoliberalismo y la corrupción.

A partir de precedentes como estos, se irá conformando un discurso crítico apoyado sobre tres grandes claves de sentido. De un lado, la crítica del relato de la Transición como la epopeya de la democracia triunfante por medio del consenso de todos los jugadores implicados, fueran franquistas, antifranquistas o trans, en cualquiera de las dos direcciones. Por otro lado, la crítica del Pacto del Silencio sobre el pasado como precio necesario para conseguir la reconciliación social, el consenso político y la neutralización de las reiteradas amenazas de intervención armada contra la incipiente democracia. Por último, la crítica de una sociedad a la que el triunfo del neoliberalismo, la dominación del capitalismo financiero global y la corrupción tanto pública como privada habían llevado a una crisis económica de consecuencias sociales calamitosas. La asociación de estas tres claves críticas se resuelve en una acusación generalizada contra la Transición, como origen fundacional del Régimen del '78,⁷ bajo el que se desenvuelve la España actual.

En esta segunda fase, la demanda de recuperación de la memoria histórica silenciada se defiende desde las mismas trincheras desde las que se resiste la destrucción del estado de bienestar por el neoliberalismo, en un doble movimiento de inconformismo dirigido a la vez contra el pasado y contra el presente, en el que los déficits del pasado revierten como causa de los déficits del presente, y en el que la refundación del presente exige como condición el cumplimiento de las promesas incumplidas del pasado. El triunfo electoral del PP en las elecciones de noviembre de 2011 supuso, por un lado, la desactivación de la política gubernamental de memoria histórica iniciada en 2005, y muy especialmente del movimiento de exhumación de las

⁷ Así llamado por la fecha en que se aprobó la Constitución española, de octubre a diciembre de 1978. Sobre la Transición como origen fundacional de la degradación del presente y la tipología de los discursos literarios que dieron cuenta de ella, trató la tesis de doctorado de Violeta Ros (2017). Sintomático de esta nueva conformación del discurso crítico es el sentencioso comentario de Josep Ma. Colomer: "las virtudes de la transición se han convertido en vicios de la democracia" (1998, p. 181).

fosas comunes; por el otro, supuso también la aplicación sin concesiones de las medidas económicas neoliberales que ya había iniciado el anterior gobierno socialista pero que ahora se desploman sobre la población con una reforma laboral, unas privatizaciones o unos recortes sociales exigidos en nombre de la crisis global de 2008-2012 por las instituciones internacionales del gobierno económico mundial (el FMI) y del europeo (la UE y el Banco Central Europeo),⁸ lo que provoca el estallido de la indignación social que salta a los espacios públicos y ocupa, en 2011, calles y plazas; y por último, supone el inicio de una secuencia inacabable de escándalos de corrupción que involucraban a políticos de diferentes niveles de la administración, a empresarios y presidentes de asociaciones empresariales, a banqueros de bancos privados y cajas de ahorros, incluso a dirigentes sindicales y a altos funcionarios, que extendían sus conexiones sobre muy distintos ámbitos de la vida económica y política del país, y que afectaban al conjunto del estado y de sus instituciones. La lucha contra la corrupción se incorporó a la lucha por la memoria histórica y la lucha contra las políticas neoliberales, y acabó reordenando el frente político.

Tanto el discurso crítico como la movilización social son obra, en gran medida, de una nueva generación, la tercera generación tras la guerra civil, la llamada generación de los nietos. En su búsqueda de referentes identitarios políticos y culturales esta generación se encuentra con “el evidente agravio comparativo que supone el hecho [de] que (según se estima por parte de las asociaciones de familiares) más de 30.000 personas asesinadas durante la Guerra Civil por los sublevados continúen enterradas en fosas comunes por toda la geografía estatal” (Rodrigo, 2006), con el olvido en que la sociedad democrática ha sumido a “quienes lucharon contra los sublevados de 1936 o contra los represores durante la dictadura” (Rodrigo, 2006) y con la falta de resolución de las situaciones de injusticia que una guerra civil y cuarenta años de dictadura dejaron irresueltas o impunes. Esta nueva generación responsabiliza a la Transición por su política de consenso y de reconciliación nacional, una política basada en pactos y en

⁸ Las instituciones de lo que Hardt y Negri (2000) han caracterizado como la nueva forma del *imperio*. Tampoco los Socialistas fueron capaces de ofrecer una alternativa a la política de desmantelamiento del estado de bienestar que emanaba de estas instituciones, y de los gobiernos que las respaldaban, aun cuando la crisis financiera internacional y la inmobiliaria autóctona hicieron eclosión cuando ellos disponían del gobierno, que habían conseguido en 2008 y en el que siguieron hasta 2011. No hubo una manera socialista de enfrentarse a la crisis provocada por el neoliberalismo que no fuera la neoliberal.

concesiones al franquismo por parte de las fuerzas democráticas, que permitieron la perpetuación del franquismo en una democracia de baja calidad, y entre las cuales no fueron las menores la aceptación del silencio sobre el pasado traumático y una amnistía general que se aplicó tanto a las víctimas de la represión franquista como a los responsables de la misma.

La Transición, que cobra de súbito un protagonismo indiscutible en el debate intelectual, se constituye en el momento fundacional de los males del presente, en su horizonte de referencia, y su crítica pasa a formar parte de la estrategia ideológica de la nueva generación. El debate cobra entonces un cierto aspecto de ajuste de cuentas entre generaciones, y evoca inevitablemente otros debates históricos en los que se planteó esta misma lucha generacional por el dominio de la práctica cultural: el debate de la gente *nueva* frente a la gente *vieja* (o de la generación del '98 frente a la del '68) en el final del siglo XIX, o el de los novecentistas y vanguardistas frente a los noventayochistas, veinte años más tarde.

Segunda fase: las confrontaciones de la memoria

La emergencia de este discurso crítico conduce a una fase nueva de la investigación, la fase de las confrontaciones. Ya no se trata de acumular los datos de la memoria, como en la primera fase, sino de confrontarlos en esta segunda en función de sus diferencias, y si es cierto que la pertenencia a una generación condiciona su memoria histórica, en competencia con la de otras generaciones, es preciso tener en cuenta además que dentro de una misma generación, las diferentes promociones o “unidades”⁹ que la constituyen pueden establecer diferencias muy significativas. Y lo mismo ocurre con el género, y muy especialmente en las representaciones literarias, en las que la memoria se refracta de manera distinta en las narrativas de hombres y

⁹ El concepto de unidad generacional se debe a Karl Mannheim (1928), quien distingue entre Posición Generacional, Conexión Generacional y Unidad Generacional, en una escala creciente de relaciones entre los distintos individuos de una misma generación, que pasa de la potencial asociación que posibilita la Posición a las relaciones más efectivas de la Unidad: “La propia juventud que se orienta por la misma problemática histórica-actual, vive en una ‘conexión generacional’; dentro de cada conexión generacional, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos constituyen, en cada caso, distintas ‘unidades generacionales’ en el ámbito de una misma conexión generacional”. En el caso español, la llamada “generación del 27” es mucho más un grupo caracterizado por una determinada unidad generacional que una posición generacional o de generación histórica.

mujeres, o con la clase social, o con la identidad nacional o con la identidad civilizatoria (religiosa, de primer o tercer mundo, de occidente o de oriente...), y muy especialmente con los propios acontecimientos históricos, que pueden hacer que una misma generación pase por diversas fases en su trayectoria de formación y de intervención histórica, o que generaciones distintas puedan converger en su reacción ante hechos históricos de una gran relevancia. Son todos ellos factores de confrontación de memorias, de lucha entre distintas memorias sectoriales por conformar una memoria histórica hegemónica, que también se ha llamado una memoria cultural,¹⁰ o una memoria pública.¹¹

Consignada esta concepción relativista del papel de la generación en la conformación de la memoria pública, me centraré aquí, no obstante, en este contexto de lucha generacional, en el que la llamada generación de los nietos de la guerra ha deconstruido el relato heredado de la Transición en función de su lucha por la transformación de la sociedad española actual. Esquematizando sus conclusiones, la Transición sería el origen y la causa de la degradación del presente, y la principal responsable de la Transición sería la generación que la protagonizó, la generación que aquí llamaremos Generación de la Transición, que en literatura ha sido llamada también Generación del '68, de los 70 o de los Novísimos, y que los historiadores han denominado Generación Segunda o de los Hijos de la Guerra. Mi generación.¹²

¹⁰ El concepto de *Memoria Cultural* es teorizado por Jan Assmann en 1988 y contrapuesto al de *Memoria Comunicativa*, como los dos modos en que se manifiesta la *Memoria Colectiva* de Halbwachs. Véase: Jan Assmann (2010, pp. 109-118). El concepto de base, del cual arrancan buena parte de las teorizaciones de la memoria en su dimensión social, es el de *Memoria Colectiva* de Maurice Halbwachs, que lo elabora en dos obras fundamentales, *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) y, la póstuma, *La mémoire collective* (1950). Otro concepto fundamental es el de *Memoria Histórica*, de origen más difuso, aunque se suele considerar la obra colectiva *Les lieux de la mémoire* (1984-1992), dirigida por Pierre Nora, como uno de los núcleos más relevantes para su teorización y puesta en práctica. La discusión sobre la primacía entre estos dos conceptos, sus límites y solapamientos, sus diferencias y sus relaciones con la historia, han dado lugar a una abundantísima bibliografía. Un resumen ponderado de estos y otros conceptos afines, en Aguilar (2008, pp. 43-68). Una discusión más extensa y plural en el *Dossier Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria* de la revista *Hispania Nova* (2007, Nº 7), especialmente: Pedro Ruiz (2007), "Historia y memoria de la represión franquista en España".

¹¹ Concepto utilizado por Paloma Aguilar a lo largo de su libro (2008).

¹² Dejo para otro momento, con un mayor espacio, la delimitación de esta generación entre las otras que participan en la historia del país desde la guerra civil hasta hoy, así como sus características como generación histórica (que no literaria). Tanto los historiadores sociales como los literarios han venido estableciendo distintas memorias generacionales para periodizar el proceso histórico. Por su combinación del factor generacional con las circunstancias históricas es especialmente atractiva la periodización establecida por Julio Aróstegui (2006, pp. 79-80), quien establece una primera memoria fundamentada en

La Generación de la Transición y el reencuentro con el exilio

Si en lugar de abordar la práctica política de esa Generación, cosa que nos situaría en un escenario diferente, nos situamos en el terreno cultural, dos son las cuestiones que creo poder abordar con cierto conocimiento de causa: la actuación social de la generación respecto de la memoria histórica republicana, y las representaciones literarias de esa memoria histórica.

Respecto a su actuación social, la Generación de la Transición, la que había crecido en el interior del país, fue la que protagonizó el reencuentro con la *España peregrina* y silenciada, mediante el establecimiento de relaciones muchas veces directamente

la *confrontación* entre los bandos en lucha, cuyos portadores principales serían los protagonistas o testigos de la guerra, del exilio, y del triunfo o de la represión franquista, por lo que más que de una memoria tendría que hablarse de dos memorias enfrentadas; una segunda memoria generacional sería la de la *reconciliación*, protagonizada por los hijos de la guerra, con un proyecto de superación del trauma colectivo, que tiene su punto de partida en los cambios sustanciales de la sociedad española en los años 60 y su culminación en la Transición; la tercera sería la memoria de la *restitución* o reparación, que comienza a hacer su aparición a mediados de los años 90, suscitada por los nietos de la guerra, que serán quienes finalmente asuman el legado del trauma colectivo. Entre los historiadores literarios, destacaría la periodización de Raquel Macciuci (2010), más atenta al momento histórico que a la marca generacional, que sitúa la frontera mayor en la literatura de la memoria entre el período de la guerra y de la dictadura, por un lado, y por el otro el período comprendido entre los años finales del franquismo (desde 1969) hasta la actualidad. En este segundo gran período de cuarenta años largos, en el momento en que ella escribe, se pueden diferenciar hasta tres etapas de producción literaria de memoria histórica, la de finales de los 60 y la década de los 70 (M. Delibes, C. J. Cela, C. Martín Gaité, J. Marsé, M. Vázquez Montalbán...), la de los 80-90 (J. Llamazares, A. Muñoz Molina, A. García Morales, Monserrat Roig, J. Aldecoa...), y finalmente la que se abre a partir del nuevo siglo (J. Cercas, A. Grandes, B. Prado, D. Chacón, A. Méndez, A. Cervera, I. Rosa...). Cada una de estas etapas dotó de características distintas a su trabajo de memoria histórica, incluso en el caso de escritores que publicaron obras en etapas diferentes, que quedaron marcadas precisamente por esta diferencia, como en los casos de Vázquez Montalbán, Manuel Rivas, o Antonio Muñoz Molina. Desde mi propio punto de vista, y consultadas diversas periodizaciones, diferenciaría cuatro grandes etapas históricas de una veintena de años cada una de ellas: la de la República, la guerra civil, y el exilio; la de la posguerra de las décadas de los 40 y los 50; la del desarrollismo, los movimientos insurreccionales del '68, el final del franquismo, la Transición, la adhesión de España a la Unión Europea; y la del entresiglos XX-XXI, con la caída del muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y la guerra de Irak como momentos especialmente significativos. Cada una de estas cuatro grandes etapas ha sido protagonizada por una generación distinta, aunque experimentada también por las otras, bien en su adolescencia y juventud, bien en su vejez. Si hemos de basar nuestra periodización a partir de la memoria colectiva y/o histórica que elaboran, y por la relación con el suceso traumático por excelencia de todo este período, la guerra civil, entonces las cohortes generacionales que asumen ese protagonismo son básicamente cuatro: la de los protagonistas de la guerra civil, o sus testigos literarios; la de los niños de la guerra, que sufren todo el peso de la posguerra española (o el de su crecimiento en el exilio); la de los hijos de los supervivientes, triunfadores o derrotados, nacidos después de la guerra; finalmente, la de los nietos de la guerra. El juego de fuerzas entre estos cuatro períodos históricos de base y esas cuatro generaciones incide en buena medida en la conformación de poéticas y representaciones literarias de la memoria de la guerra civil.

personales y casi siempre con una actitud de homenaje. Aunque los primeros esfuerzos de escritores por restablecer lazos con los del exilio (casos de C. J. Cela, D. Alonso, J. L. Cano y otros) comenzaron en la misma posguerra, es “la muerte del dictador [la que] ofreció la coyuntura para el reencuentro físico y moral de las dos generaciones”, como ha escrito la historiadora Josefina Cuesta. Previamente, “la segunda generación había tenido ocasión de elegir, en la clandestinidad, sus *autoridades enunciativas*” (Cuesta, 2007) en un *acto afiliativo*¹³ de adhesión al exilio republicano y a la memoria de los derrotados en la guerra civil. A partir de 1975,

la República se hace visible sobre todo en los exiliados retornados, de los que la prensa se hace amplio eco [y que] incorporaban, no sin dificultades, la España peregrina a la sociedad del interior. El 14 de abril de 1976 son Claudio Sánchez Albornoz y Salvador de Madariaga los que ocupan la escena. Les seguirán nombres tan reconocidos como Santiago Carrillo o Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*, Wenceslao Roces (...) entre otros muchos. Recordemos la mesa de edad del Congreso de los Diputados de 13 de julio de 1977, con Dolores Ibárruri y Rafael Alberti como vicepresidentes (...). El regreso del *Guernica* de Picasso condensó la memoria del retorno. El retorno de personalidades o la recuperación de biografías, escritos y obra de los autores del exilio republicano ha sido una de las más impactantes en la historia de la transición española. (Cuesta, 2007)

Muchos no llegaron a tiempo, habían quedado en el camino, pero la reivindicación de la memoria republicana comenzó por los poetas muertos, Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, sobre cuyas figuras y obras se sucedieron los homenajes. No intervino solo la Generación de la Transición, en este reencuentro, los propios compañeros de generación de los exiliados, en el interior, tuvieron un papel relevante, pero sí fue fundamentalmente la Generación de la Transición la que, además de acoger y reivindicar por medio de afinidades personales a los escritores del exilio, regresaran o no a España, hubieran muerto o siguieran vivos, la que procedió a la investigación y el reconocimiento de la literatura creada en el exilio, y normalizó su presencia en la historia contemporánea de la literatura, hasta entonces desaparecida salvo en el caso de los poetas del ‘27 que disponían de una obra ya reconocida antes de su exilio. Fue, por ejemplo, el caso de Rafael Alberti, de quien un muy joven Luis

¹³ Tomo el concepto de *acto afiliativo* de Marianne Hirsch (2012), pero también, en su elaboración independiente, de Sebastian Faber (2014, pp. 137-155).

García Montero se convirtió en escudero, y de su vuelta, por fin, a Granada,¹⁴ una Granada que se afanaba ya en la plena incorporación institucional de Federico García Lorca, o que acogía cálidamente a Francisco Ayala.¹⁵ Y por no pormenorizar los casos, me remitiré a los estudios de conjunto sobre el exilio, sus revistas y publicaciones, sus biografías, el análisis de sus obras, de estudiosos como José Ramón Marra López (1963), Francisco Caudet (1992 y 1997), o Manuel Aznar (2006), fundador en 1993 del GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario), inagotable dinamizador de las investigaciones, y cuya labor de años ha culminado en 2017 con la publicación de los 4 tomos del *Diccionario bio-bibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano español de 1939*.

En este aspecto, pocos escritores del exilio han alcanzado el grado de reconocimiento logrado por la figura y la obra de Max Aub, quien tan amargamente se quejaba de la ignorancia de los españoles sobre su obra en 1971. Fue justamente un político de la Generación de la Transición, miembro del PP, Manuel Tarancón, quien adquirió el archivo del escritor y lo puso a disposición de los investigadores. Ya en diciembre de 1993, y organizado por quien suscribe estas líneas, se le otorgaba póstumamente a Max Aub la medalla de la Universidad de Valencia y se celebraba el *I Congreso Internacional Max Aub y el laberinto español*, que congregó por primera vez un extenso elenco de estudiosos procedentes de muy diversas geografías y acotó para nuestro escritor una parcela del hispanismo internacional. Al año siguiente, Antonio Muñoz Molina convirtió su discurso de incorporación a la Real Academia de la Lengua Española en un homenaje a Max Aub, *Destierro y destiempo de Max Aub*. En 1997 se constituía la Fundación Max Aub, en la ciudad de Segorbe, con un Archivo-Biblioteca

¹⁴ El Alberti que había compuesto la “Balada del que nunca fue a Granada” (*Baladas y canciones del Paraná*, 1954), porque “Hay sangre caída del mejor hermano. / Sangre por los mirtos y aguas de los patios. / Nunca fui a Granada. // Del mejor amigo, por los arrayanes. / Sangre por el Darro, por el Genil sangre. / Nunca vi Granada”, cumplió finalmente su promesa, “entraré en Granada”, en febrero de 1980.

¹⁵ Sin pretensión de exhaustividad y con la certeza de olvidar a muchos, recordaría otros casos relevantes de intensa afinidad entre los exiliados y los jóvenes de la Generación de la Transición: el de Luis Buñuel y Agustín Sánchez Vidal; el de Francisco Ayala y Andrés Amorós, también reivindicado en su natal Granada; el de García Lorca o Pedro Salinas y Andrés Soria; el de Jorge Guillén y Francisco Díaz de Castro; el de Max Aub y Manuel Aznar; el de Miguel Hernández y Carmen Alemany (de generación más joven); el de Juan Gil Albert y José Carlos Rovira; el de Paulino Masip y María Teresa González; el de Luis Cernuda y James Valender o Jenaro Talens; el de Herrera Petere y Jesús Gálvez Yagüe; el de Juan Chabás y Javier Pérez Bazo; el de Luisa Carnés y Antonio Plaza Plaza; el de los poetas de la defensa de Madrid, y Jesús García Sánchez; el del Congreso de Escritores y Artistas en defensa de la cultura, y Manuel Aznar, etc.

de gran riqueza documental y bibliográfica, lo que supuso un decidido impulso a la investigación y la difusión maxaubianas, secundado por la revista científica de la casa, *El correo de Euclides*. En el año 2000 se iniciaba la publicación de las *Obras Completas*, financiadas por la Generalitat y por la Diputación de Valencia, y dirigidas por quien suscribe estas líneas, con doce volúmenes publicados hasta la fecha, y otros dos ya a punto de imprenta. En fin, desde los años 90 han sido incesantes los congresos, jornadas, cursos especializados, publicaciones monográficas, ediciones de divulgación o científicas dedicados a su obra.¹⁶ Max Aub no lo pudo ver, pero quien hacia 1970 apenas tenía un especialista de su obra, eso sí, del prestigio de Ignacio Soldevila (1973) y algunas referencias de conjunto en ensayos generales de Eugenio García de Nora (1958-1962) o José Ramón Marra López (1963), se ha convertido en la actualidad en uno de los escritores más editados y estudiados del siglo XX español.

En cualquier caso, las obras de los republicanos exiliados han normalizado en buena medida su presencia en la historia literaria española del siglo XX, que ya no puede organizar un relato de la posguerra centrado exclusivamente en el interior del país, como fue norma hasta bien entrados los años 90.

Y lo que se produjo como reencuentro intelectual y literario, también tuvo su traducción en la esfera política. Como ha insistido Josefina Cuesta (2007) a propósito del pacto anti-franquista y de la amnistía general aprobados en el IV Congreso del PCE, “eran dos generaciones que se integraban en la misma trayectoria: la de los testigos oculares, La Pasionaria y Carrillo, con la de los jóvenes militantes del PCE”. Nada más ilustrativo, a este respecto, que la cooperación de ambas generaciones en la trayectoria del PCE desde la clandestinidad hasta la legalidad. Si en la clandestinidad las riendas de *el Partido*, por antonomasia, o del movimiento sindical, en el interior, estaban en manos de líderes jóvenes en Cataluña, en Madrid, en el País Vasco, en Andalucía, en el País Valenciano, en las Islas, que no habían vivido la guerra civil o la habían vivido de niños, en el exilio y desde París gobernaba *el Partido* la vieja guardia, los supervivientes de la guerra civil, comandados por la Pasionaria y Santiago Carrillo, y

¹⁶ Además de objeto de numerosos homenajes implícitos en la obra de otros escritores, como Rafael Chirbes, que evoca su figura por medio de la ficticia del profesor Chacón en *La caída de Madrid*, y que le dedica algún excelente artículo de crítica, o Almudena Grandes que realiza todo un dilatado homenaje a *Campo del moro* y a la figura de Aub en las páginas de *El corazón helado* (2007).

apoyados en España desde las cárceles y por los militantes históricos, en bastantes casos excarcelados en los últimos años. A pesar de conflictos como el que expulsó del Partido a Jorge Semprún y a Fernando Claudín (1964), la actitud que se impuso en los nuevos dirigentes fue la de cooperación con la generación del exilio, que fue recibida triunfalmente tras la muerte de Franco, y a la que se entregó el control del Partido en el interior. Lo contrario de lo que ocurrió en el Partido Socialista Obrero Español, en el que el Congreso de Suresnes (1974) supuso el desplazamiento de la vieja guardia por los jóvenes dirigentes del interior. Todavía no sé muy bien quién hizo lo adecuado,¹⁷ lo cierto es que la historia del PCE en el tardofranquismo ilustra la colaboración de las dos generaciones, sobre la base del reconocimiento de la memoria de la guerra civil y del exilio, en la lucha por la democracia.

La novela y la memoria histórica de la guerra civil

Si el reencuentro entre la generación de los hijos, asentada en el interior del país, y la de los padres literarios que volvían desde el exilio, fue efectivo en el nivel de las biografías y de la historia política, ¿lo fue de la misma manera en el de las representaciones literarias? ¿Se podría aplicar en España, y a la narrativa española, el concepto de *posmemoria*, creado por Marianne Hirsch (2012) para el Holocausto y aplicado –aunque también discutido– en Argentina?¹⁸

Fue muy escaso el número de novelas sobre la guerra civil publicadas por los miembros de la Generación de la Transición antes de la muerte de Franco o durante los años estrictos de la Transición (1975-1982), a pesar de que como escritores habían comenzado a publicar hacia finales de los años 60 y principios de los 70, por lo que en la Transición se encontraban en una fase de producción creciente. De un total de 108 novelas tomadas en consideración para el período 1965-1982, solo he podido identificar

¹⁷ En un mensaje personal del 17 de julio de 2017, y mientras preparaba estas páginas, me escribía Luis García Montero: “A nosotros nos tocó el error de dejar por respeto que se presentasen a las primeras elecciones nuestros viejos, abriéndole así el camino a Felipe González. Presentamos candidatos llegados de una guerra civil para una democracia nueva. Ahora los jóvenes cometen el error contrario, despreciando todo lo que hicieron sus mayores en la Transición.”.

¹⁸ Especialmente por Beatriz Sarlo (2005, pp. 129 y sgtes.).

seis relacionadas con la guerra civil,¹⁹ y solo dos de ellas tuvieron un impacto notable en la época. Una, *El día que murió Marilyn*, de Terenci Moix, fue publicada inicialmente en catalán (1969) y traducida al castellano en 1970, pero no alcanzó su versión definitiva, muy retocada ya, hasta 1998. El núcleo de su universo narrativo no era, de todas maneras, la guerra civil. La otra, publicada significativamente en 1976, es *En el día de hoy*, de Jesús Torbado, que obtuvo el Premio Planeta de ese año, pero es una ucronía que permite volver a la guerra civil cambiándole el desenlace: triunfó la República y Franco hubo de exiliarse en Cuba. Su relación con la memoria venía a ser más bien oblicua.

En esta época en que la generación comienza a publicar sus primeros libros, las tendencias dominantes nos llevan lejos de la memoria histórica de la guerra. *Yo maté a Kennedy* (1972), de Vázquez Montalbán, inicia, en clave experimentalista, la serie de novelas negras del autor. *Experimento en Génesis* (1967) o *Laberinto levítico* (1972), de Germán Sánchez Espeso, se escriben bajo el influjo del *nouveau roman*; Carlos Barral lanza, en Barral editores, una línea de novelas programáticamente de vanguardia como *Alimento de salto* (1972) de Javier Fernández de Castro, y *El juego del lagarto* (1972), de Carlos Trías; o novelas de un culturalismo muy próximo al de los poetas novísimos, como la de Félix de Azúa *Las lecciones de Jena* (1972). En este clima, en el que predominan el experimentalismo neovanguardista de finales de los 60 y el culturalismo cosmopolita heredero del *Modernism*, disuenan libros como *Las corrupciones* (1965) o *En el día de hoy* (1976), de Jesús Torbado, o *Cerberos son las sombras* (1975), de Juan José Millás, que con diferentes estilos dejan traslucir todo el peso de una época de guerras perdidas.

La Generación de la Transición se incorporó pues a la práctica literaria desde posiciones muy lejanas a las de la memoria histórica, en una época en que, como ha observado Enzo Traverso (2007), todavía no se utilizaba, en los estudios sociales e históricos, el concepto de memoria histórica. Tuvo también su parte, no obstante, la censura franquista, que a pesar de la nueva ley de Prensa e Imprenta, la *Ley Fraga*,

¹⁹ Son las siguientes: *Recordando a Dardé* (1969), de M. Vázquez Montalbán; *El día que murió Marilyn* (1969, en catalán, 1970 en castellano), de T. Moix; *Antifaz* (1969), de J. M. Guelbenzu; *En el día de hoy* (1976), de J. Torbado; *Los jueces implacables* (1970) de R. Ruiz; y *Retrato del fascista adolescente* (1975), de A. Prometeo Moya.

aprobada en 1966, que extinguía la censura previa pero que establecía un régimen indirecto de vigilancia de las publicaciones y de control de los editores, seguía impidiendo abordar de forma abierta las voces de la guerra civil y el repudio del franquismo.

Y esta primera promoción o unidad generacional, la que hace su aparición antes de la muerte de Franco, continuará en buena medida, en las décadas siguientes, orientada hacia la exploración de la literatura en su autonomía estética, inmersa en la urdimbre de tramas y citas intertextuales, de la escritura como reescritura, del texto como pieza de una textualidad universal, que abarca el conjunto de la literatura y que opera en un orden sincrónico, según el modelo eliotiano, y fascinada por el *giro lingüístico* que por entonces dominaba el paradigma de la teoría literaria –bajo la hegemonía de un pensamiento francés que recorre, en sucesivas fases, desde el estructuralismo al deconstruccionismo, pasando por la semiología, y en el que Roland Barthes ejerce la máxima autoridad en la crítica literaria. Se trata de una norma literaria dominante, configurada en España a partir de la triple alianza del gran estilo internacional de Benet, de la revolución del lenguaje de Goytisolo, y de la poética de los Novísimos, enunciada por Castellet (1970).²⁰ En paralelo, la obra de Enrique Vila Matas, que aunque de irrupción temprana alcanzará una influencia bastante más tardía, pone en juego los postulados de una lectura vanguardista del posmodernismo. El balance, pues, es el de una narrativa desinteresada del análisis de la realidad contemporánea, cuanto más de la recuperación del pasado traumático de la guerra civil. La historia, cuando se presenta, y lo hace de forma frecuente en muchas de estas novelas, busca el pasado remoto, la recreación culturalista, a veces incluso su parodia, y la reflexión metaliteraria, en la línea de novelas como, *El insomnio de una noche de invierno* (1983), de Eduardo Alonso, *El Santo Grial* (1983), de Paloma Díaz Mas, o *Mansura* (1984), de Félix de Azúa. Plenamente representativa de esta primera promoción generacional es la obra narrativa de Javier Marías, un novelista que por edad pertenecería a la segunda unidad generacional (nacidos después de 1950) pero que inicia su carrera muy temprano, en 1971, con *Los dominios del lobo*, y cuya poética se acercará mucho a la descrita hasta

²⁰ Para el análisis de la norma dominante en la literatura española en la década del 70, y la conformación de la triple alianza aludida, ver Joan Oleza (2012), caps. I.1, “Galdós frente al discurso modernista de la Modernidad” y IV.7, “*Beatus ille* o la complicidad de historia y novela”.

aquí. Marías, a finales de los años 80, publica una novela como *Todas las almas* (1988), culminación de su trayectoria anterior y base de lanzamiento de bastantes de sus obras posteriores, que todavía no se han recuperado de su estancia juvenil en Oxford, como *Negra espalda del tiempo* (1998) o *Tu rostro mañana* (2002, 2004, 2007). Si hubiera que elegir una única narrativa de autor como fundamento de esta primera promoción de la generación de la Transición, yo elegiría la de Javier Marías, con su calidad exquisita dentro de las características propias de una novela sumamente intelectualizada y culturalista, en ocasiones *snob*, en la que la disquisición sobre conductas, ambientes y situaciones subsume casi por completo su representación.

Cuando esta primera oleada de la Generación de la Transición se sienta atraída hacia la evocación de la guerra civil, ya muchos años más tarde, y arrastrada sin duda por el debate social sobre la memoria histórica y las acusaciones contra el pacto del silencio, a partir del final de siglo, lo hará en novelas como *Tu rostro mañana* (2002-2007), de Javier Marías, o *Cambio de bandera* (1991), de Félix de Azúa, que se acercan a la guerra civil desde una elaboración tan minimizada y sofisticada como en la novela de Marías, o tan caricaturesca y expresionista como en la de Azúa, en ambos casos desde una considerable distancia, nada afiliativa, entre el mundo del autor y el del conflicto, distancia que opera en estas y otras novelas (*La casa del padre*, *La caza salvaje*, *Jo confesso*, *El triple agente*, *La hija del caníbal...*) al situar la guerra civil en el escenario de un juego de enigmas, de turbios manejos de intrigas policiales y de servicios secretos, que permiten apoyar la narración más sobre las reglas de la novela de género (la de espías, la policial) que sobre la evocación de un conflicto traumático, y ello incluso cuando la guerra civil forma parte del núcleo del argumento, como en *Cambio de bandera*, novela que se aproxima a la contienda, en Euskadi, para dejar en el lector una impresión dominante de absurdo, de falta de sentido para el autor de cualquiera de las posiciones, de escenario privilegiado para los oportunistas, impresión esta última muy generalizada en el conjunto de estas novelas de la memoria tangente. Probablemente las más características de estas novelas hacen uso de un humorismo paródico muy posmoderno, tal como lo teorizó Linda Hutcheon (1985 y 1988), y con su misma ambigüedad de sentido.

En esta primera promoción de la generación, que empieza a publicar a finales de los 60, aparece temprano una figura discordante, la de Manuel Vázquez Montalbán. Si bien sus orígenes conectan con el experimentalismo de los 60, en novelas como *Recordando a Dardé* (1969) o *Yo maté a Kennedy* (1972), y se le ha relacionado por su trayectoria biográfica con el grupo de la *gauche divine* en la Barcelona de Carlos Barral y Josep María Castellet (Villamandos, 2011), personajes ambos que jugaron un papel determinante tanto en la poesía novísima como en el intento de lanzamiento programado de una nueva narrativa de vanguardia. No obstante, su sensibilidad de clase, tan distante de la de la *gauche divine*, y su militancia comunista lo distancian, desde esos mismos orígenes, y lo sitúan en posiciones de contemplación irónica del presente (*Manifiesto subnormal*, de 1970), que se harán progresivamente más agudamente críticas (*Crónica sentimental de la Transición* (1985), *Los alegres muchachos de Atzavara* (1990)). Pero lo que interesa aquí es que entre 1985 y 1990 Vázquez Montalbán publicará dos novelas que sientan, en España, los fundamentos de una novela de la memoria. En la primera, *El pianista* (1985), la guerra civil es ese gran agujero negro alrededor del cual giran tres secuencias narrativas, succionadas por su vorágine, y en orden inverso: la Barcelona divina y desencantada de los 80, tras el triunfo socialista, la Barcelona de privaciones y vida vigilada de la posguerra de los 40, y el París de las semanas previas a la sublevación militar. Una misma historia en tres fases netamente separadas, que sin embargo tienen como centro de sentido, como causa última de los destinos implicados, la guerra civil no representada. En la segunda, *Galíndez* (1990), una de las obras maestras de la segunda mitad del siglo, la visión se hace internacionalista, se desplaza entre Euskadi, Santo Domingo, Nueva York y el Madrid de la gente guapa socialista, reparte su interés entre el recuerdo de la guerra civil española, la dictadura de Trujillo en Santo Domingo, el exilio vasco, o la actuación de la CIA como policía del Imperio durante la Guerra Fría, y por encima de todo articula la novela sobre una intriga potente, una polifonía de voces, y el decidido abordaje narrativo del pasado traumático, asumido por una protagonista apátrida y sin partido o causa previa, que investiga, en su tesis doctoral, el asesinato del nacionalista vasco Jesús de Galíndez, y que hace de esa investigación un proyecto de recuperación de la memoria histórica como arma de lucha contra el terrorismo de estado, contra el olvido propiciado por los intereses del imperio,

y en nombre de una ética de la resistencia, de la exigencia llevada hasta el último límite de enfrentarse a un silencio culpable.

La segunda promoción de la Generación de la Transición aflora a partir de la muerte de Franco, pero sobre todo ya entrados los ochenta, e irrumpe con una poética de nuevo signo, que recupera gozosamente el argumento narrativo y la pasión de narrar, que busca y encuentra un mercado muy amplio de lectores, que se subleva contra la primacía del “discurso” sobre la “historia”, y que en la mayoría de los casos acepta el reto de explorar la realidad contemporánea, en un movimiento que en otro lugar denominé *realismo posmoderno* (Oleza, 1994 y 1996). Abre la marcha Eduardo Mendoza en 1975, con *La verdad sobre el caso Savolta*, que produjo un vuelco en el panorama narrativo. Sus primeras novelas (*La verdad sobre el caso Savolta* (1975), *El misterio de la cripta embrujada* (1978), *El laberinto de las aceitunas* (1982), y *La ciudad de los prodigios* (1978)) abrieron vías nuevas sobre los ejes de un argumento estimulado por una imaginación muy libre, que rompía con la autosuficiencia del “discurso” y con las estructuras experimentalistas, del gusto por la diversificación de personajes, incluidos los más excéntricos, de un humor que se desliza desde la ironía al sarcasmo o a la caricatura, y que se recrea en la parodia de las novelas de género, y de esa condición de metaficción historiográfica que algunos años después teorizaría Linda Hutcheon al tratar del posmodernismo USA (1985 y 1988), pero las de Mendoza son novelas que cuando abordan la historia mantienen su interés lejos de la guerra civil, aunque busquen siempre el espacio de una Barcelona muy reconocible y aunque el universo conflictivo registrado resuene poderosamente en el presente.

Esta segunda promoción tiene un núcleo muy significativo en los narradores leoneses, Luis Mateo Díez, José María Merino o Juan Pedro Aparicio, nacidos en los primeros años 40, como Azúa o Guelbenzu, pero que no llegaron a darse a conocer sino tras la muerte de Franco. Son novelistas que van a marcar con su impronta la narrativa de las dos décadas siguientes. Desde distintas propuestas personales, predomina en ellos la tensa elaboración de un idioma castellano muy rico, la inmersión ensimismada en el pasado, en el rastreo de los orígenes identitarios, una inmersión que se desliza sutilmente entre la percepción consciente y la onírica, que abunda en resonancias de una cultura oral, antropológica, en un ambiente regional, incluso local, pero con un alto

valor simbólico, que conduce su narrativa hacia un encuentro cada vez más acendrado entre realismo y simbolismo, con irrupciones de lo fantástico. Aunque en sus novelas el peso de la posguerra sobrevuela los distintos ámbitos, confiriéndoles su atmósfera más peculiar, los tres tardan en abordar literariamente el trauma de la guerra civil, aunque esta comparezca en algún episodio de alguna novela o como alusión de fondo. Juan Pedro Aparicio la abordará de frente en *La forma de la noche* (1994), José María Merino en *La sima* (2009), mientras que Luis Mateo Díez, quizá quien más ha transparentado esa atmósfera de sórdida y aplastante posguerra a lo largo de toda su narrativa, no aborda el trauma más que oblicuamente en novelas como *Fantasmas de invierno* (2004), y en el terreno de los símbolos o de los recuerdos enredados entre los sueños: la visita del Diablo a la ficticia ciudad de Ordial, los cadáveres que flotan sobre el río helado, las voces de los muertos por fusilamiento, la jauría de lobos que ronda la ciudad, que se infiltra en ella, que llega incluso a domesticarse, el desamparo de un hospicio en el que se asesinan niños depauperados y enfermos, una ciudad toda ella sumergida en la noche, en la nieve del invierno, en los huecos más oscuros de la historia.

Ese mismo peso de la posguerra, reflejado en las situaciones narrativas y en el simbolismo implícito, puede constatarse en las narraciones de Adelaida García Morales, *El sur* (1985) y *El silencio de las sirenas* (1985), localizada esta última en las Alpujarras, en las que no se aborda el recuerdo mismo de la guerra, pero en las que sus huellas están siempre a flor de piel. Lo mismo puede constatarse en uno de los novelistas más fecundos y de mayor calidad de este grupo, el extremeño Luis Landero (1948), si bien sus universos narrativos son más realistas que simbólicos: *Juegos de la edad tardía* (1989), *El guitarrista* (2002), *Hoy, Júpiter* (2007), *Retrato de un hombre inmaduro* (2009), probablemente sus mejores novelas, parecen exigir, en la atmósfera de todo un país en derrota, la condición previa de una guerra civil, que sin embargo no asciende al primer plano. Y es que algunos de los novelistas de la generación más reconocidos por la crítica, como Eduardo Mendoza, Luis Mateo Díez, Luis Landero, Arturo Pérez Reverte, o Rafael Chirbes no han asumido el reto de hacer de la novela un instrumento de recuperación de la memoria histórica de la guerra civil, aunque esta es la condición necesaria del ambiente de muchas de sus novelas.

Sí en cambio, asumieron ese reto, en los noventa, Joaquín Leguina, con *Tu nombre envenena mis sueños* (1992), o Rosa Montero, con *La hija del caníbal* (1997), ambos desde el juego con las estructuras de la novela policial posmoderna. Diferente es el caso de Justo Navarro con *La casa del padre* (1994), novela densamente literaria, en la línea de la primera promoción, pero que narra el retorno de un aparentemente inane voluntario de la División Azul a una Andalucía sórdida, de vencedores, de delaciones y de represalias, una Andalucía de luto y de turbias intrigas por el enriquecimiento, que hace aflorar en el lector, una vez más, la falta de sentido de un tiempo devastado por la guerra. Tal vez el núcleo más consistente de esta memoria de la guerra y de la inmediata posguerra se encuentre en la obra de Alfons Cervera, un novelista que había iniciado su trayectoria en los años 80 en clave neovanguardista, y cuyo compromiso ético lo lleva en los 90 a escribir su pentalogía *Las voces fugitivas* (1995-2005): la segunda de estas novelas, *Maquis*, se convertirá en referencia internacional obligada de los estudios sobre la novela de la memoria, con su intensidad lírica, un fragmentarismo compositivo que es compatible con la sencillez estructural, la audiencia de las voces de los múltiples personajes, o su apelación a las emociones.

La irrupción de nuevos narradores

Pero esa misma década de los 90 contempla la irrupción de un grupo de escritores nacidos después del '55, cuya posición generacional está por dilucidar, pues podrían ser considerados o como la tercera promoción de la Generación de la Transición, pues la Transición fue un momento determinante de sus biografías, o como la cabecera de la generación siguiente, pues fueron en su mayoría nietos de los supervivientes, nietos de la guerra. Fue este grupo el que abrió de par en par las puertas de la novela de la memoria. Me refiero a Julio Llamazares con *Luna de lobos* (1985), a Antonio Muñoz Molina, con *Beatus ille* (1986) y *El jinete polaco* (1991), a Almudena Grandes con *Malena es un nombre de tango* (1994), o a Manuel Rivas con *La lengua de las mariposas* (1996 en gallego, 1997 en castellano), y tal vez sea *El jinete polaco* la que formula de manera más ambiciosa y completa el nuevo modelo de novela, con su eje en la indagación del personaje protagonista, a menudo identificado también como narrador,

en las sombras de un pasado silenciado, su recurso a las voces y a las imágenes de este pasado, su búsqueda problemática de arraigo y delimitación de la propia identidad, individual a la vez que familiar y colectiva, su aprendizaje de los valores éticos que han de hacerse propios, su dimensión metaliteraria, su voluntad de análisis de la realidad social, su pasión por la narrativa de argumento, o su desprejuiciada orientación hacia consensos lectores amplios, aprovechando los recursos de los géneros y medios de comunicación más populares.

Ya entrados en los noventa, serán muchísimas las novelas que se embarcan en el movimiento de una narrativa de la memoria histórica. Es tal la fuerza de atracción de este movimiento que ha dado pie a tratar de explicarlo como una moda literaria (Becerra, 2015), generalización que es tan abusiva como esquemática, pero que puede contribuir a explicar como acercamientos oportunistas los de algunos escritores.

Son succionados hacia este movimiento novelistas de la primera promoción, como Javier Marías o Félix de Azúa, y la segunda promoción aporta una multitud de novelas, de las que me limitaré a comentar las que, a mi juicio, han resultado decisivas para caracterizar este fenómeno. Entre ellas, la única novela, o conjunto de relatos, publicado en vida por su autor, Alberto Méndez, con el título de *Los girasoles ciegos* (2004), que aporta importantes novedades al conjunto y que ha sido reconocida por la crítica como una obra magistral. Lo mismo puede decirse de *La caída de Madrid* (2000) de Rafael Chirbes, novela que es un espléndido análisis del final de toda una época, la del franquismo, para dar paso a otra, llena de incertidumbres, que es la Transición, pero en la que los últimos coletazos sanguinarios del franquismo se entremezclan con el recuerdo muy vivo, por parte de los personajes más veteranos de la novela, de su pasado en la guerra civil, y en la División azul, al tiempo que se asoman a la realidad española, reacias a incorporarse, las sombras del exilio. Habría que destacar, también, la novela de Dulce Chacón (1954), *La voz dormida* (2002), que sacó a la escena las voces torturadas de las mujeres en las cárceles del franquismo, en los años más duros de la inmediata posguerra, entre las sacas siniestras y las precarias condiciones de los familiares, o la clandestina rebeldía de las que colaboran en el exterior con el maquis y la resistencia. Desde Euskadi, el novelista vasco Bernardo Atxaga (1951), de notable influencia en el panorama de la literatura en castellano, aporta *El hijo del acordeonista* (2003 en vasco,

2004 en castellano), que no se centrará en los conflictos de ETA, como sus novelas anteriores, sino en la evocación y en la persistencia de los efectos de la guerra sobre una Euskadi rural e idílica, ahora rota, en la que su protagonista no encuentra otro modo de supervivencia que el de la renuncia al país y el voluntario exilio en los USA.

Los años que siguen al 2000 son los años en que los novelistas nacidos con posterioridad al '55, y que pueden considerarse en una u otra generación, y los nacidos con posterioridad a los 60, que forman indiscutiblemente la generación de los nietos, lanzarán sobre el mercado español de lectores una auténtica legión de novelas, que provocarán que en 2007, cuando Isaac Rosa se disponga a publicar la segunda versión de su primera novela, *La malamemoria* (1999), decida cambiarle el título y aplicarle el paródico de *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!*. Esto ocurría, sin embargo, no solo después de la acumulación de un gran número de novelas, sino después de que aparecieran algunas de un interés crítico innovador o de una gran madurez estética. Seleccionaré únicamente las que han causado un mayor impacto en los lectores: *Soldados de Salamina* (2001), cuyo éxito de mercado, tan abrumador, convirtió al autor en punto de referencia de críticas quizá justificables desde el punto de vista ideológico, pero no, en absoluto, desde el de su poder narrativo, capaz de crear todo un modelo de novela de la memoria, que anuda en torno a sí muchos de los elementos clave de la narrativa posmoderna: la metaficción, la autoficción, la docuficción, la escritura como reescritura, la escritura en progreso, la polifonía de voces, el desafío entre novela e historia, la construcción sobre un eje de investigación de lo no sabido, de lo borrado por la memoria de los vencedores, etc. *Enterrar a los muertos* (2005), de Ignacio Martínez de Pisón, una novela que libra su búsqueda del sentido sobre un acontecimiento traumático entre la historia, el periodismo, y la metanovela; *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, con su aguda, precisa, estimulante incursión en la denuncia, desde la ficción, de los niños desaparecidos del franquismo, con su ingenioso artificio metaliterario, con sus juegos intertextuales que nos devuelven a la posguerra de Carmen Laforet y de Carmen de Icaza, del Auxilio Social o de la Sección Femenina. Por último, probablemente sea *El corazón helado* (2007) la novela con mayor ambición de totalidad de cuantas se agrupan bajo este capítulo de la narrativa de memoria. Como las grandes novelas del XIX, y bajo la inspiración lejana de Galdós, Almudena Grandes construye

toda una doble saga familiar, con su multitud de historias y de personajes, que cubren una geografía a la vez española y francesa, sin dejar de pasar por el frente ruso o por el refugio báltico, en un tiempo dilatado, a menudo épico, entre los años de la República, los de la guerra civil, los de la División azul, los del exilio, y los de la España inmediatamente precedente a la crisis del 2008-2012, con un tratamiento narrativo que hace del análisis de las emociones su más productiva estrategia.

El balance narrativo de la Generación de la Transición

El momento de irrupción en la práctica literaria de una nueva novela de la memoria, escrita por miembros de la Generación de la Transición, tuvo que esperar, después de algunos precedentes como *El día que murió Marilyn* (1970), o la muy curiosa *En el día de hoy* (1976), de Jesús Torbado, hasta después del triunfo socialista de 1982, con *El pianista* (1985) de Vázquez Montalbán, un escritor en su momento de madurez y ya bien conocido por entonces en el mercado literario. Antes de esa fecha, el concepto de memoria histórica no había entrado en el universo académico, y cuando la novela quería ser memorial seguía predominando el esquema evocativo que indaga en el pasado como fuente de la identidad personal, a la manera proustiana.

Habrà que observar, no obstante, que sobre las mismas fechas en que Vázquez Montalbán publica su novela, se publican otras dos llamadas a tener una gran influencia sobre el panorama literario español, *Luna de lobos* (1985), de Llamazares y *Beatus ille* (1986) de Muñoz Molina, ambos autores pertenecientes a esa promoción intermedia entre la Generación de la Transición y la de los nietos de la guerra. En suma, en los años '85-'86, se produce la comparecencia simultánea de dos grupos generacionales en el despertar de la novela de la memoria en España. Y esta co-aparición se mantiene en la década del 90, en la que Vázquez Montalbán publica *Galíndez* (1990) y Muñoz Molina *El jinete polaco* (1991), las dos novelas llamadas a fijar el modelo de la nueva novela de la memoria, ya insinuado en *Beatus ille*, pero no en *El pianista*. Un modelo en el que el conocimiento de lo que ocurrió no deriva de la crónica de los acontecimientos, sino de su reconstrucción, y de su reconstrucción por un mediador que no busca tanto evocar o identificarse de entrada con los acontecimientos y los personajes como descubrirlos por

medio de la indagación. Una indagación que, como postula Marianne Hirsch, procede por dos vías. Por un lado, la familiar, en *Beatus ille* y en *El jinete polaco*, que rescata las voces de los ancestros, los objetos y lugares testimoniales y, sobre todo, las imágenes del pasado (el baúl de fotografías de Ramiro retratista, en *El jinete*). Pero por el otro, la *afiliativa*, que en muchas novelas requiere una investigación documental como factor determinante de la afiliación entre el investigador y el pasado traumático, nada menos que una tesis doctoral, en *Galíndez*. Y este modelo se mantendrá desde estas fechas tempranas hasta otras mucho más tardías, como *El monarca de las sombras* (2017) de Javier Cercas, *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, y *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* de Isaac Rosa (2007), convirtiéndose en el esquema hegemónico (no el único, pues persiste el modelo evocativo, e incluso el cronístico) de estos relatos. Ciertamente que este impulso a conocer lo que se desconoce produce en su mismo desenvolvimiento, a través de las etapas de la investigación, una progresiva identificación del narrador, y a menudo, protagonista, con los sucesos y, sobre todo, con las víctimas, y una denuncia de los responsables, con lo que la novela se transforma en instrumento de justicia reparadora y de acusación contra los crímenes de la guerra civil y del franquismo. Cobra así una dimensión política. El acto afiliativo, que en muchos casos está impregnado de emoción solidaria, supone también, sobre todo cuando se acerca a su pleno cumplimiento, y más en el grupo de escritores de la promoción más joven, una toma de partido entre las distintas formas de enfrentarse al recuerdo de la guerra, una toma de partido que puede ser antagónica en los distintos personajes, como en *Mala gente que camina*, o contradictoria en un mismo personaje, como en *Soldados de Salamina*, donde se pasa de una posición de no implicación ante un conflicto remoto, a otra de compromiso con un conflicto cuyo legado se asume. En todo caso, elegir la propia opción de pasado entre las opciones diferentes o enfrentadas, supone un acto de habla, por parte del narrador, inevitablemente político. Y esta indagación se proyecta además en una dirección identitaria, pues conduce, en buena parte de los casos, a la afirmación, reconstrucción o decantación de la propia identidad, como en el caso temprano de la Muriel de *Galíndez*, o del Mudarra de *Beatus ille*, y es en esta dirección donde alcanza su mayor sentido el acto afiliativo, el de búsqueda de la propia identidad

contrastada con la de otro u otros, contra la de otro u otros, a partir de la de otro u otros, después de la de otro u otros, que nos han precedido.

La indagación, por otra parte, se proyecta como una metáfora de la creación literaria, en novelas que como estas han crecido dentro de la exigencia de autoconciencia y de deconstrucción de lo moderno, propia del final de siglo XX: Muriel indaga en el objetivo de su tesis de doctorado, el personaje de Galíndez y su época, como el novelista indaga en sus personajes y en su mundo. Y lo mismo harán los protagonistas de *El jinete polaco*, *Soldados de Salamina*, *El monarca de las sombras*, o *Mala gente que camina*.

Por último, y quizá sea ese su mayor potencial significativo,

(...) la convergencia de tantas novelas en la estructura de indagación, de desvelación de un sentido o de una clave secreta, de investigación en torno a la vida de alguien que ha desaparecido dejando tras sí los signos en clave de su misterio, tiene el potencial de alegorizar una exigencia constitutiva de la postmodernidad: si la postmodernidad nace de la moción de censura contra los grandes programas explicativos de la modernidad, sus utopías y credos sistemáticos, entonces lo propio de la postmodernidad es ese estado en el que es más necesaria la comprensión que las explicaciones, más la indagación y la pregunta que las respuestas. La indagación, el tanteo, la exploración, la interrogación, la búsqueda, son los emblemas de la perplejidad del hombre postmoderno, empujado a rastrear en lo real el sentido perdido de las cosas. (Oleza, 1996)

Hoy apenas tendría que añadir a estas palabras mías de 1996 otra cosa que la exigencia de la indagación ha continuado más allá de los límites de la posmodernidad, y sigue siendo una estrategia constitutiva del nuevo siglo, de la era de la comunicación.

Sea cual fuere el modelo, las novelas de la memoria de la guerra civil de la generación de la Transición van apareciendo simultáneamente con las de la promoción nacida después de 1955, a lo largo de los años 90: *La casa del padre* (1994) o *Maquis* (1996) por un lado, *Malena es un nombre de tango* (1994) o *La lengua de las mariposas* (1997), por el otro. Y continúan en la primera década del nuevo siglo, donde la multiplicación de novelas de la memoria será patente, y ahora se acompasa al impacto de las exhumaciones de las fosas, las batallas de Garzón en las causas contra Pinochet o contra los crímenes del franquismo, o el debate intelectual y político en torno a la

memoria. Es el momento de *La sima*, de *Fantasmas de invierno*, de *Los girasoles ciegos* o de *La voz dormida*, en la Generación de la Transición, y de *Soldados de Salamina*, *Enterrar a los muertos*, *Mala gente que camina*, *La noche de los tiempos* o *El corazón helado*, en la promoción siguiente.

Y esa aparición tardía, unos veinte años después de las primeras novelas de la generación, a mitad de los 60, que retrasa el compromiso con la memoria a la llegada a la madurez de sus escritores, puede intentar comprenderse por diversas razones. La primera es la disolución de la conexión viva entre los escritores y la experiencia traumática, después de cuarenta y cinco años (1940-1985) de dictadura y de silencio represivo: el reencuentro con esa experiencia ha de ser, sobre todo, el fruto de una indagación. No se suele dar, en los escritores, una autoidentificación como hijos de las víctimas, o de los supervivientes, y como autores son mucho más el fruto de una herencia literaria que de una herencia traumática: son raros los casos de escritores que confiesan haber crecido envueltos en las narrativas de sus mayores, dominados por sus recuerdos de acontecimientos traumáticos. Posiblemente la sombra alargada y opresora de la dictadura lo impidió. Por eso no es de extrañar que el esquema narrativo dominante sea el de la indagación, más afiliativo que filiativo, siguiendo la distinción de Marianne Hirsch. La patética relación que asocia el relato al trauma, y a sus víctimas, se disipó pues en la narrativa española de esta generación, y es apenas rastreable en novelas como *Maquis*, *Los girasoles ciegos*, o *Fantasmas de invierno*, y hubo de ser reconstruida desde el esfuerzo del conocimiento, del debate intelectual y de la exigencia ética de dar voz a las voces silenciadas, y de reparar simbólicamente a las víctimas.

Por otra parte, en lo que Manheim llamó el contexto generacional, decisivo para la identidad de una generación, hay que descontar una parte de la generación que en otras circunstancias habría sido fundamental, la de los hijos de los exiliados.

Son muy pocos los escritores nacidos entre los 40 y el '55 en el exilio, que se incorporaron a la práctica literaria española. Ello resta a la generación una parte no solo muy importante de su potencial, sino también la parte que más sensible podría haber sido a una relación de posmemoria, a una conexión viva con el trauma.

Y en ese contexto generacional habrá que sumar el peso de la censura, con su constante mutilación de la libertad de expresión, que coartó las posibilidades de

tratamiento de un conflicto como el de la guerra civil, incluso tras la Ley de prensa de Fraga, aprobada en 1966, que cambió las reglas de la censura pero no la suprimió, y no solo en las publicaciones, sino también en la calle. Recuérdese la triunfal consigna de Fraga, por entonces ministro de gobernación: “¡La calle es mía!”.

Como habrá que sumar también el elevado grado de complicidad de la población española con la dictadura, en la que el franquismo inyectó altas dosis de conformidad, cuando no de adhesión, al Régimen, lo que redujo a círculos minoritarios la población lectora que trataba de saltar por encima de esa censura y de esa conformidad hacia horizontes más libres.

Pero habrá que reconocer, además, que los narradores de la Transición tuvieron, literariamente, otras prioridades en el momento crucial de la experiencia generacional.

Y es que, como generación, se formó más en la época del segundo franquismo que en la de la posguerra, en un ambiente en el que la llegada masiva del turismo, la inversión de capital extranjero y las remesas de moneda de los trabajadores emigrados a Europa, constituyeron tres motores básicos del desarrollo económico de los años 60, y tres vías de salida de la España autoclausurada de los 40-50 hacia la cosmopolita de los 60. En los sectores intelectuales, la recuperación de las universidades de la terrible amputación de sus científicos más valiosos provocada por la guerra y la posguerra, el recambio generacional en el profesorado, la frecuencia de los intercambios con universidades europeas y americanas, la cercanía de centros de cultura internacional cosmopolita como París, Roma, o Londres, o las oportunidades de trabajo que brindaban las universidades norteamericanas, permitieron a esta generación una formación tan rica, abierta y cosmopolita como la que vivió los años de la República, en un clima intelectual de apertura, de innovación, y de creciente bienestar económico. Las élites culturales de esta generación ya habían hecho la Transición a finales de los años 60, como escribió Ramón Buckley en *La doble transición* (1996), habían superado el franquismo sin socavar sus fundamentos, se habían formado en la literatura del modernismo internacional, con sus figuras centrales en Baudelaire, Proust, Eliot, Kafka, Joyce, Mallarmé, Roland Barthes, Faulkner, Borges o Mann, bastante olvidadas las de Unamuno, Azorín, Baroja, u Ortega. De los españoles se salvaban Valle Inclán, entre los prosistas, y Cernuda entre los poetas. Incluso poetas tan grandes como Machado,

Lorca o Miguel Hernández, que tenían sus adeptos, fueron mirados con desdén, contaminados por la sarna carpetovetónica, casposa, del realismo español (en la descalificación de Juan Benet) y de la España de Franco. Para la Generación de la Transición, en su conjunto, y sobre todo en su primera promoción, España era un país atrasado, aburridamente ocupado por camisas azules, sotanas, tricornios, corridas de toros y procesiones de semana santa, donde era obligatorio hacer un servicio militar en condiciones africanas, y donde mandaba un dictadorzuelo panzudo, de voz afeminada y bigotito fascista, una España con una historia de pena, que no había cesado de degradarse en los tres últimos siglos, y en la que la política interior carecía de interés estético o moral. Nada grande quedaba por dirimir aquí. Lo grande, para los más comprometidos políticamente, se jugaba fuera, en Vietnam, en Cuba, en el París del mayo del '68, en Praga, en Berkeley, en los movimientos contraculturales norteamericanos o en el Chile de Allende.

Pero hacia finales de los 60 los más comprometidos políticamente comienzan a incorporarse a la lucha sindical, a las movilizaciones de protesta en las universidades, a formarse como cuadros en los partidos políticos clandestinos, sobre todo en el Partido Comunista, *el Partido*, que ya ha hecho su crítica del estalinismo, de la invasión de Praga, y que en su IX Congreso, el primero dentro de la legalidad, renuncia al leninismo y, próximo a los planteamientos innovadores del Partido Comunista italiano, de Berlinguer, se proclama eurocomunista. La salida de las catacumbas del PCE, con sus cuadros y militantes, entre los que había una gran cantidad de figuras públicas, artistas, sindicalistas e intelectuales, sobre todo, así como la aparición en el escenario político de las diferentes formaciones legales de los socialistas, cambiaron la percepción que se tenía del país. De repente se había vuelto interesante. Podía pasar algo verdaderamente histórico. Al sobrevenir la muerte del dictador, no sin que se dictaran las últimas sentencias de muerte, este sector de la élite cultural se sintió impulsado a arrimar el hombro en la salida de la dictadura y en la construcción de una democracia europeísta y moderna. Pero las fuerzas que fue capaz de movilizar la izquierda, partidaria de una ruptura democrática con la dictadura, no tuvieron ni la posición política, ni el apoyo popular, ni la fuerza fáctica, para imponer esa ruptura. Tanto más cuanto su estrategia se vio incesantemente sacudida por las desestabilizaciones de la derecha fascista y del

terrorismo vasco, y amenazada por el rumor de sables en los cuarteles. La tesis de la Reforma del Régimen franquista, propiciada desde el propio franquismo, apoyada por la Monarquía y por una parte del ejército, y respaldada por la mayoría de la población civil, se impuso a la tesis de la Ruptura. No podrá olvidarse nunca que Franco murió rodeado de obispos, damas y parientes de la camarilla, diputados a cortes, generales y jefes del Movimiento Nacional, como siempre había vivido, y que el desfile de condolencias ante su féretro, durante días, convocó a más gente que las reservas de champán de todo el país.

Y ese sector de la generación –no el otro, que siguió habitando su intemporal República universal de las Letras–, un sector embarcado desde los últimos 60, y sobre todo durante los 70, en la transformación del país, buscó sus prioridades en la representación literaria del presente vivido (la ya lejana posguerra, el segundo franquismo, o la actual transición), un presente acuciante, que reclamaba para sí toda la atención del novelista y toda su capacidad de compromiso ético o político, más que en la reivindicación de la memoria histórica, al menos durante los años que van desde el ‘68 al ‘85. La memoria histórica podía esperar a que se acuñara como concepto, a que la comenzaran a discutir los historiadores, a que produjera sus efectos prácticos con las primeras exhumaciones y los primeros grandes documentales, a que se fuera disolviendo, con el tiempo, el pacto de reconciliación nacional. Fue así que una buena parte de la mejor literatura de la generación de la Transición son los grandes frescos sobre la vida contemporánea de Vázquez Montalbán (en sus novelas de Carvalho, pero también en novelas como *Los alegres muchachos de Atzavara*, *Galíndez* o la *Autobiografía del General Franco*), de Luis Mateo Díez (*Las horas completas*, *El expediente del naufrago...*), de Juan José Millás (*Letra muerta*, *El desorden de tu nombre...*), de Luis Landero (*Los juegos de la edad tardía*, *Hoy, Júpiter...*), de Bernardo Atxaga (*El hombre solo*, *Esos cielos*), o de Almudena Grandes (*Las edades de Lulú*, *Los aires difíciles*), las novelas paródicas de Eduardo Mendoza sobre el presente (*El laberinto de las aceitunas*, *El misterio de la cripta embrujada*), o de Rosa Montero (*La hija del caníbal*), además de otras novelas concebidas desde perspectivas distintas pero con un universo actual o de pasado inmediato, como las novelas de Manuel Longares (*Romanticismo*), o de Adelaida García Morales (*El silencio de las sirenas*).

Pero si hubiera que elegir la obra de un único escritor como representativa de un compromiso ético que le lleva, más que a la memoria histórica, al análisis del pasado inmediato, de la Posguerra a la Transición, que se extiende hacia la actualidad de una democracia examinada con lucidez y sin complacencias, una realidad rica en traiciones, desertiones, corrupciones, desigualdades, injusticias, y testimonios críticos, inconformes, a menudo desolados, esa obra tendría que ser la del recientemente fallecido Rafael Chirbes (1949-2015), la que transita desde *Mimoun* (1988), y pasa por *La buena letra* (1992), *Los disparos del cazador* (1994), *La larga marcha* (1996), *La caída de Madrid* (2000), *Los viejos amigos* (2003), para llegar a *Crematorio* (2007), o *En la orilla* (2013). No me cabe duda de que se trata del gran mural narrativo de la experiencia histórica de la Generación de la Transición, una generación en la que mi propia biografía cobró una parte decisiva de su sentido.

Muchas gracias.

L'Eliana, noviembre del 2017

Referencias bibliográficas

- Aguilar, P. (1996). *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid: Alianza.
- Aguilar, P. (2006). Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del 'pacto de silencio'. En J. Aróstegui y F. Godicheau (Eds.), *Guerra civil. Mito y memoria* (pp. 245-294). Madrid: Marcial Pons-Casa de Velázquez.
- Aguilar, P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza.
- Armengou, M, Belis, R. y Vinyes, R. (2002). *Els nens perduts del franquisme*. Barcelona: Proa.
- Aróstegui, J. (2006). Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil. En J. Aróstegui y F. Godicheau (Eds.), *Guerra civil. Mito y memoria* (pp. 57-94). Madrid: Marcial Pons.

- Assmann, J. (2010). Communicative and Cultural Memory. En E. Astrid, N. Ansgar (Eds.), *A Companion to Cultural Memory Studies* (pp. 109-118). Berlin/New York: Walter de Gruyter.
- Aub, M. (1971). *La gallina ciega*. Barcelona: Alba.
- Aznar, M. (Ed.) (2006). *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento.
- Becerra, D. (2015). *La guerra civil como moda literaria*. Madrid: Clave Editorial.
- Buckley, R. (1996). *La doble transición*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Caudet, F. (1992). *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Caudet, F. (1997). *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Castellet, J.M. (1970). *Nueve novísimos poetas españoles*. Barcelona: Barral Editores.
- Chirbes, R. (2000). *La caída de Madrid*. Madrid: Anagrama.
- Colomer, J. M. (1998). *La transición española. El modelo español*. Barcelona: Anagrama.
- Cuesta, J. (2007). 'Las capas de la memoria'. Contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006). *Hispania Nova*, 7. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>
- Espinosa Maestre, F. (2015). *Lucha de historias, lucha de memorias. España, 2002-2015*. Sevilla: Aconcagua Libros.
- Faber, S. (2014). Actos afiliativos y postmemoria. Asuntos pendientes. *Pasavento: revista de estudios hispánicos*, 2(1), 137-155.
- García de Nora, E. (1958-1962, y 1963-1971 corregida y ampliada). *La novela española contemporánea (1898- 1967)*. Madrid: Gredos. 3 tomos.
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris: Librairie Félix Alcan.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. Paris: P.U.F.
- Hansen, H. L. y Cruz Suárez, J. C. (2012). *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*. Bern: Peter Lang.

- Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire*. Harvard University Press. Trad. al español: *Imperio* (2005). Barcelona: Paidós.
- Hessel, S. (2010). *Indignez-vous!* Montpellier: Indigène éditions.
- Hirsch, M. (2012). *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*. Columbia University Press, 2012. Trad. al español: *La generación de la posmemoria* (2015), Editorial Carpe Noctem.
- Hispania Nova: Dossier Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria*. En *Hispania Nova* (2007), 7. Ed. a cargo de Sergio Gálvez. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es/7/index.htm>
- Hutcheon, L. (1985). *A Theory of Parody*. New York - London: Methuen.
- Hutcheon, L. (1988). *A Poetics of Postmodernism*. New York - London: Routledge.
- López García, J. R. y Aznar, M. (Eds.) (2017). *Diccionario bio-bibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano español de 1939*. Sevilla: Renacimiento. 4 tomos.
- Macciuci, R. (2010). La memoria traumática en la novela del siglo XXI. Esbozo de un itinerario. En R. Macciuci y M. T. Pochat (Eds.), *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual* (pp. 17-49). La Plata: Ediciones de lado de acá.
- Manheim, K. (1928). Das Problem der Generationen. Cito por: El problema de las generaciones. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 1993 (Ejemplar dedicado a: Karl Mannheim), 193-244.
- Marra López, J. R. (1963). *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Martí, J. y Huertas, J. M. (11 de septiembre de 1969). Max Aub: retorno a la tierra. 'He venido pero no he vuelto'. *El Correo Catalán*, 18.
- Nora, P. (Ed.) (1984-1992). *Les lieux de la mémoire*. Paris: Gallimard. 4 volúmenes.
- Nunca más. Informe final de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (1984). Buenos Aires: Eudeba.
- Oleza, J. (1994). Al filo del milenio: las posibilidades de un nuevo realismo. *Diablotexto* (Valencia), 1, 79-106.

- Oleza, J. (1996). Un realismo posmoderno. Número monográfico *El espejo fragmentado*. *Insula*, 589-590, 39-42. Recuperado de <http://entresiglos.uv.es/wpcontent/uploads/realpost.pdf>
- Oleza, J. (2012). *Trazas y bazas de la Modernidad. Ensayos desde el cambio cultural*. La Plata: Ediciones del lado de acá.
- Paz, O. (1974). *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral.
- Reig Tapia, A. (1984). *Ideología e historia. Sobre la represión franquista y la Guerra Civil*. Prólogo de Manuel Tuñón de Lara. Madrid: Akal.
- Rodrigo, J. (2006). La guerra civil: ‘memoria’, ‘olvido’, ‘recuperación’ e instrumentación. *Hispania Nova*, 6. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>
- Ros Ferrer, V. (2017). *Representaciones de la Transición en la novela española actual. Poéticas, afectos e ideología en el campo literario (2000-2016)* (Tesis doctoral). Universitat de València, Valencia.
- Ruiz, P. (2007). Los discursos de la memoria histórica en España. *Hispania Nova*, 7, 335-366. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>
- Sanz Villanueva, S. (1988). Generación del 68. *El urogallo*, 26 (junio de 1988), 28-57.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.
- Soldevila, I. (1973). *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*. Madrid: Gredos.
- Traverso, E. (2007). *El pasado. Instrucciones de uso*. Madrid: Marcial Pons.
- Vidal-Beneyto, J. (15 de noviembre de 1980). Claves para un contubernio. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/1980/11/15/espana/343090804_850215.html
- Vidal-Beneyto, José (14 de diciembre de 1980). La victoria que no cesa. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/1980/12/14/opinion/345596411_850215.html
- Villamandos, A. (2011). *El discreto encanto de la subversión. Una crítica cultural de la ‘Gauche divine’*. Pamplona: Laetoli.



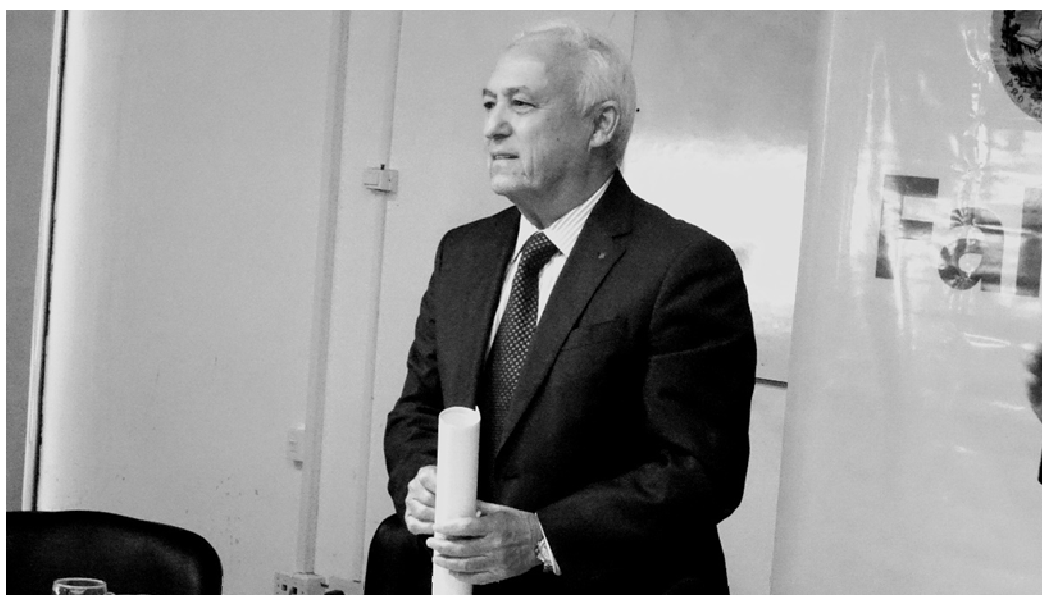
Acto de investidura



Gloria Chicote, directora del IDIHCS; Raquel Macciuci, presidenta del IV Congreso de Literatura y Culturas Contemporáneas; Joan Oleza, Raúl Perdomo; presidente de la UNLP; Aníbal Viguera, decano de la FaHCE.



Joan Oleza y Raúl Perdomo, presidente de la UNLP



Joan Oleza, Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

IdIHCS

Instituto de
Investigaciones en
Humanidades y
Ciencias Sociales

CONICET



AGENCIA
NACIONAL DE PROMOCIÓN
CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA



cpm

comisión provincial por la memoria



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN ARGENTINA



aecid



Cooperación
Española
CULTURA / BUENOS AIRES

*Dossier. Joan Oleza. Doctor Honoris Causa por la
Universidad Nacional de La Plata*
Raquel Macciuci, Mariela Sánchez y Federico Gerhardt (Eds.)
Fotografías: Dirección de Medios Audiovisuales - FaHCE
Néstor Bórquez
ISSN 2250-4168

La Plata. UNLP. FaHCE, 22, 23 y 24 de noviembre de 2017

<http://163.10.30.35/congresos/congresoespanyola/iv-congreso-2017>